

*Recepción del doctor*

*Luis Alayza y Paz Soldán*

*En la Academia Peruana de la Lengua  
Correspondiente de la Real Española*



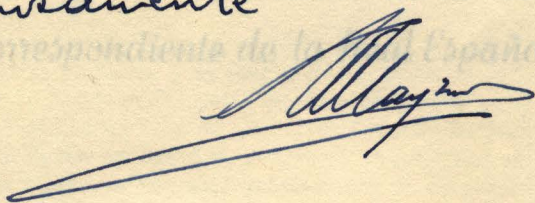
**I.-Prelusión del doctor**  
**Víctor Andrés Belaúnde**

**II.-EXPRESION DEL PERU**  
**= Discurso del Dr. Alayza =**

**III.-Contestación del doctor**  
**Jorge Basadre**

**L I M A**  
**1 9 5 9**

A mi eminente amigo el  
Dr. Víctor Andrés Belaúnde, afectuamente



Lima XI.950

- I. Prefación del doctor  
Víctor Andrés Belaúnde
- II. EXPRESIVO DEL PERU  
- Discurso del Dr. Mayra
- III. Contestación del doctor  
Jorge Basadre

LIMA  
1959

*Recepción del doctor*

*Luis Alayza y Paz Soldán*

*En la Academia Peruana de la Lengua  
Correspondiente de la Real Española*



**I.-Prelusión del doctor**

**Víctor Andrés Belaúnde**

**II.-EXPRESION DEL PERU**

**= Discurso del Dr. Alayza =**

**III.-Contestación del doctor**

**Jorge Basadre**

**LIMA**

**1959**

Resolución del doctor

# Ensayo de la medicina y cirugía

En la Universidad Central de la República  
de Colombia

COPYRIGHT



I. Resolución del doctor  
Victor Andrés Bello

II. Resolución del doctor  
- Bismarck del Dr. Alvarado -

III. Resolución del doctor  
Jorge Basadre

LIMA  
1933

## Bibliografía sobre escritores peruanos

Por César A. ANGELES CABALLERO.

De "La Crónica"

Luis Alayza y Paz Soldán, figura destacada y notable del quehacer intelectual peruano nació en Lima, y es limeño de los clásicos; se educó en el prestigioso Colegio de la Inmaculada; cursó estudios superiores en la Universidad de San Marcos, recibiendo en 1909 de Doctor en Ciencias Políticas y Administrativas y en 1911 de Doctor en Derecho. Dentro de su actividad en la vida pública, cabe señalarse los siguientes cargos que desempeñó en diversas épocas: Director General de Justicia, Culto y Beneficencia (1913, 14 y 15); Director Fundador del Banco Central de Reserva del Perú (Kemmerer, 1931, 32 y 33); Presidente del Comité Organizador y Director de la Cámara Algodonera del Perú (1939); Fundador y Presidente del Instituto Sanmartiniano del Perú (1935 a 1948); ex-Presidente del Instituto Histórico del Perú y de la Comisión de Redacción de la "Revista Histórica" del mismo; ex-Miembro del Patronato Nacional de Arqueología y del Consejo Superior de Museos del Perú; ex-Catedrático Principal de Derecho Comercial, de Derecho Constitucional del Perú y de Historia del Derecho Peruano; ex-Director de la Sociedad Geográfica de Lima; Fundador y Director de la Revista del Instituto Sanmartiniano del Perú; Ministro de Justicia, Trabajo y Asuntos Indígenas (1945); Embajador en Colombia (1949); Juez de la Corte Internacional de Justicia (La Haya, 1950-51); Miembro de Número de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, y actual Presidente del Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos.

La obra literaria, jurídica e historicográfica del doctor Luis Alayza y Paz Soldán es sencillamente magnífica y brillante, perennizada en numerosos temas de profundo significado y trascendencia en nuestra cultura. Como infatigable y asiduo viajero ha sabido captar, honda y entrañablemente el mensaje telúrico, la emoción de la anécdota, el sentido documental de la historia, el devenir de los hombres y las cosas y la belleza del paisaje, para verterlas en su meritisima colección: MI PAIS, de inmejorable valor para el estudio y conocimiento de nuestra realidad socio-geográfica y socio-histórica. Sus novelas históricas tienen un lugar preferencial en la novelística peruana, pues logra revivir, con emoción inigualable, múltiples aspectos de nuestro pasado, narrándolo con visos y caracteres verdaderamente sorprendentes.

De otro lado, en su colección de cuentos "Sinchi Munaicacan", su última aportación literaria, se muestra como un excelente narrador.

—EL DELITO PASIONAL, Lima. Tip Panóptico, 1911, 34 p., 21 cms.

—LA SED ETERNA (Versos), Lima. Tall. Tip. de "La Revista". 1911, 1913-III p., 19.5 cms.

- DAU-EL-KAMAR** (Apuntes de viaje). Lima. Imp. Torres Aguirre, 1931, 164 p., 24 cms.
- LEON GARABAN**. Lima. Librería e Imp. Gil. 1935, 128 p., 22 cms. Novela.
- UNANUE, SAN MARTIN Y BOLIVAR**. Lima, Imp. y Lib. Gil, 1934 — Retratos — 1 tomo — 175 mil.
- EN TORNO A LA CLAUSULA DE LA NACION MAS FAVORECIDA**. Lima, Lib. e Imp. Gil, 1936, 26 p., 21 cms.
- MRTIN**. Lima, Lib. e Imp. Gil, 1938, 23 p., 25 cms.
- ROMANO ESPINOSA CACEDA, NUESTRO ESCULTOR VERNACULO**. Lima 1940, 12 p., ilustr., 23. cms.
- CLIPPER Y GUERRA: UN VIAJE DE CIEN DIAS**. Lima, Lib. e Imp. Gil, 1940, 200 p., 18.5 cms.
- EL GRAN MARISCAL JOSE DE LA MAR**. Lima, Lib. e Imp. Gil. 1942, 328 p. láms., 13 cms.
- LA HIGUERA DE PIZARRO: NOVELA PERUANA DE LOS ULTIMOS DIAS DEL GUANO Y DEL SALITRE**. Lima, Edic. "La Crónica" y Variedades, 1946.
- EL EGREGIO LIMEÑO MORALES Y DUAREZ**. Lima, Tall. Gráf. Edit. Lumen, 1946, 98 p., retrato, facsm., 25.5 cms.
- EL TURISMO EN EL PERU**. Lima, Imp. Torres Aguirre, 1947, 73 p., facs., 18 cms.
- HISTORIA Y ROMANCE DEL VIEJO MIRAFLORES**. Lima, Edit. Cultura Antártica, 1947, 299 p., láms., retratos, plano, 23.5 cms.
- LAS MISTERIOSAS ISLAS DEL PERU**. Lima, Talls. Gráf. de la Edit. Lumen, 1951, 213 p., ilustr., mapas, láms., 25 cms.
- HIPOLITO UNANUE** (Unanue, San Martín y Bolívar) 2a. Edic. Lima, Imp. Santa María, 1952, retrato, macs., 25.5 cms.
- LA CAPA ROJA**, novela peruana de los tiempos del General Salaverry. Lima, Imp. Santa María, 1953, 235 p., retrato, 18 cms.
- LA BREÑA**. Lima, Talls. Gráfs. de la Edit. Lumen, 1954. 3 tomos, 18.5 cms.
- UNANUE GEOGRAFO, MEDICO Y ESTADISTA**. Lima, Edit. Lumen, 1954. GV-235 p., ilustr., facs. 26.5 cms.
- HE AQUÍ A RAMON CASTILLA**. Lima, Talls. Gráf. P. Villanueva, 1955, 238 p., 25 cms.
- SINCHI MUNAICAN**. Cuentos Peruanos.
- SERIE "MI PAIS"** (siete volúmenes) 220 mils.: 1o.— El Paso de los Libertadores, 1939; 2o.— Lecturas Peruanas; 3o.— En las Breñas del Perú, 1944; 4o.— Ciudades, Valles y Costas del Perú, 1945; 5o.— Islas del Perú y la Tierra Yunga, 1951; 6o.— He Aquí a Ramón Castilla, 1955; 7o.— Dos Viajeros en el Ande Peruano, 1956. (1).
- (1) **LA CIUDAD DE LOS REYES Y LOS TROVADORES GALOS**, Nov. 1958. Editora Médica Peruana — 130 p., 13 ctms.

## Palabras del Director Dr. Belaunde

Ha sido tradición en nuestra Academia llevar a su seno no sólo a los cultivadores de nuestra lengua, sino a todos los que han contribuido al conocimiento de la vida peruana y, en consecuencia, han influido en su mejor expresión.

La lengua, valor estético en si misma, alcanza quilates de perfección al ser adecuado instrumento para reflejar con exactitud y elegancia la realidad patría.

Nuestra Institución no sólo trató de ser un centro filológico y literario, sino el hogar intelectual de todos los que han trabajado para conocer y revelar las esencias del Perú.

Bajo el signo del idioma que nos une al mundo hispánico incorporamos en nuestra casa a juristas, filósofos, hombres de ciencia, historiadores, políticos, poetas y novelistas. Estuvimos siempre ufanos de nuestra peruanidad y es nuestro ideal cultivarla en su sentido integral.

Consecuente con este criterio, la Academia Peruana incorpora hoy a Luis Alayza y Paz Soldán, poeta en su juventud, novelista enamorado de temas y ambientes vernáculos, cultor entusiasta de las figuras cumbres de nuestra historia, Unánue y Castilla, férvido evocador de la campaña de la Breña, mezcla feliz de geógrafo andariego, folklorista intuitivo, amoroso del paisaje y colector feliz de leyendas, en su patriótico empeño de ofrecernos la genuína expresión del Perú.

Es el aporte original de Alayza unir la tierra a la leyenda y a la historia. Su paisaje es no sólo obra de la naturaleza, sino también obra del hombre. Línea, color y perspectiva aparecen en la obra de Alayza en una dimensión humana. Las selvas, las montañas y los ríos y el propio desierto, están impregnados de recuerdos sobre los mitos de las aguas y fabulaciones. Como el espíritu de Dios flotaba en las páginas admirables del Génesis, el espíritu del hombre peruano, guerrero de la stirpe de Chavín, Tiahuanuco o del Cuzco, conquistador o misionero, caudillo o montonero de la anarquía libertaria, ha flotado en las arenas mudas, las quebradas engañosas, las punas inaccesibles, las cumbres nevadas y la jungla interminable.

Ha obsedido a Alayza, patriota y artista, la misteriosa simbiosis de la naturaleza y de la historia, sin sospechar que se enfrentaba a una de las más hondas y filosóficas antinomias entre la determinación que rige la primera y la libertad que preside la segunda. A fuer de literato ha resuelto esta antinomia en el terreno de la belleza in-

teligible y amada por todos. Al calor de su afecto patriótico y con una visión de profundo realismo, nos ha dado el panorama integral del Perú. El lo llama modestamente "Expresión del Perú", pero ha logrado recoger, en muchos casos, el hondo sentido de la tierra y la misteriosa voz de los muertos. Llamaría a su obra "Vivencia del Perú", porque Alayza, en su mística patriótica, lo que ha intentado es vivir intensamente la vida peruana en todos sus aspectos, traduciéndola en páginas —muchas de ellas perdurables— y que encierran de todos modos, lo que hay de más hermoso y espontáneo en el mensaje de nuestra Patria.

Un gran historiador, Jorge Basadre, que une a la pintura de lo concreto y lo viviente la atinada aplicación de las leyes sociológicas analizará esta tarde la obra de Alayza.

Solo quiero recordar que ella corresponde a su estirpe. Considero que los Paz Soldán han sido en el Perú la *gens* que ha contribuido más al conocimiento del país. José Gregorio Paz Soldán puso el sello indeleble de la peruanidad a la solidaridad americana, Mateo y Mariano Felipe nos dieron la geografía de la nacionalidad en los momentos en que se consolidaba, D. Mariano Felipe, narró la historia de las épocas decisivas, la Independencia, la Confederación y la Guerra del 79, Pedro Paz Soldán ha estudiado el lenguaje peruano.

En recuerdo de estos antepasados ilustres a los cuales había que agregar la inigualada figura de Unánue, memoria que es de parte de la Academia un homenaje —y en justicia a vuestros propios méritos— nuestra Institución os recibe en su seno, Señor don Luis Alayza y Paz Soldán y me honro en invitarlo a ocupar nuestra alta tribuna

## Discurso del Dr. Alayza

Señores:

Doy las gracias al Director de la Academia y a sus colegas todos por el magnífico presente de mi designación para ocupar un sitio en ella; nada menos que el que fuera de Luis Fernán Cisneros, distinción la más alta que puede alcanzar un escritor, aristocratizada por no ser producto de la política ni de intereses materiales.

Ha querido la suerte, y de ello me felicito, que al acupar en esta Academia el sillón vacante de Cisneros me corresponda hablar de tan interesante personaje.

Si me preguntasen si conocí a Luis Fernán, contestaría simplemente, que sí, y mucho; si se me inetroga sobre si fuimos amigos íntimos, diré que nó y que sí; lo primero porque sólo en determinados y breves momentos tuve contacto íntimo con él; lo segundo porque ¿quién en Lima no era amigo íntimo de Cisneros?

### *Luis Fernán periodista y político*

Luis Fernán tuvo una vida accidentada llena de acción y de actividades intelctuales. Comenzaré por ocuparme de él como periodista y político, sin que sea posible separar lo uno de lo otro.

Temprano hizose popular con los inolvidables *Ecos* de "La Prensa" en los que con párrafos breves y festivos, finos y cortantes como hojas de bisturí, traviosos con travesura de muchacho granuja, apuntaba al centro del blanco sin errar jamás; y como los firmaba, construyeron de inmediato la popularidad y la gloria de Cisneros. Pero muchas veces dióse el caso de que por razones económicas tuviera que escribir no sólo el *Eco* del día sino la columna editorial, de oposición violenta y condenatoria, más algunos sueltos y hasta informaciones de policía para pasto del populacho, sobresaliendo siempre en ramos tan disímiles.

La vieja enemistad de Nicolás de Piérola y Manuel Pardo databa del último tercio del siglo anterior. En setiembre de 1903 el Dr. Pedro de Osma, uno de los altos jefes del pierolismo, fundó "La Prensa" para combatir la candidatura de Dn. Manuel Candamo, jefe del Partido Civil fundado por Manuel Pardo. Años después el Dr. Alberto Ulloa tomó la dirección del diario, y con él Luis Fernán; y reaparieron los *Ecos*.

En 1903 se produjo el levantamiento de Juan Durand, hermano de don Augusto, contra el gobierno del señor Leguía en su primer período, el que pronto fue sofocado y don Alberto Ulloa tomado preso; con este motivo Cisneros ocupó su sitio en "La Prensa".

Leguía, que fuera elegido por segunda vez Presidente de la República en los comicios de 1919, anticipándose a la fecha fijada para la exaltación al mando tomó Palacio por asalto. ¡Otra vez Leguía! diríase Luis Fernán, y emprendió desde "La Prensa" una violenta campaña contra el nuevo régimen menudeando los *Ecós*, breves, punzantes y a veces temerarios. Perseguido por la policía en 1921 fué tomado y recluido en la isla de San Lorenzo, convertida en prisión política; pocos días después regresó del exilio Belaúnde y al enterarse de este acontecimiento se interesó con la Federación de Estudiantes de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos para que pidiese al Presidente la libertad de Cisneros; hecha esta gestión el señor Leguía la concedió en el acto, pero quedaban unos cuarenta políticos reclusos, cuya libertad se solicitó en seguida y se obtuvo igualmente. En el acto Cisneros dirigió una carta a Belaúnde pidiéndole con premiosas frases que abriera en San Marcos una campaña en favor del Poder Judicial.

Nunca se borrará de mi mente la escena que presencié en aquella ocasión. Hablaba Víctor Andrés Belaúnde desde los corredores de la planta alta del viejo claustro san marquino a la apretada concurrencia que llenaba el patio, y comenzaba a desarrollar serenamente su disertación, doctrinaria como si hablase en la cátedra, cuando estallaron tiros de revólver desde uno de los ángulos del recinto; pronto se vió que procedían de unos cuantos policiales en traje de civiles que disparaban con balas de fogueo; un grupo de los oyentes precipitóse sobre ellos, los redujo y acorraló, en tanto que algunos caballeros que se hallaban cerca de la puerta de calle la cerraron para evitar el ingreso de fuerza armada. Habíase conseguido pues no sólo frustrar la treta del ardidoso Ministro de Gobierno sino inflamar el estro del orador, quién al tomar nuevamente el hilo de su discurso abandonó el estudio jurídico ingresando al terreno de la política con ardientes palabras improvisadas, que electrizaron al auditorio.

Tuve la sensación entonces de que si al retirarse los concurrentes hubieran emprendido la marcha sobre Palacio la dictadura habría caído en breves minutos. Pero faltó el caudillo.

En la misma noche fué apresado el señor Ulloa. No así Luis Fernán, quien logró escapar y desde su escondite resolvió impertérrito sacar "La Verdadera Prensa", hoja de la que salió sólo un número, porque la policía impidió su circulación. Días después Cisneros y Belaúnde fueron prendidos y acusados oficialmente de conspiradores y de haber sido los autores de un incendio que días antes ocurriera en el Palacio de Gobierno, y confinóseles en la isla de San Lorenzo. Pero cuando se aproximaban las fiestas para celebrar el Primer Centenario de la Independencia, las más fastuosas que se haya presenciado en el Perú, a las que fueron invitados todos los Estados del mundo, el Gobierno estimó que no era muy decoroso presentarse ante los

delegados próximos a llegar, como enemigo y opresor de las libertades públicas y de los más esclarecidos intelectuales del país, y los desterró a Panamá; de donde Víctor Andrés pasó a los Estados Unidos y Luis Fernán a Buenos Aires.

En una memorable velada, en la que tomaron parte notorias personalidades de fuera que la casualidad reunió en Lima, entre otras, Tórtola Valencia, la extraordinaria danzarina cuya fama dió la vuelta al mundo, y Eduardo Marquina, poeta español que estaba en boga, Cisneros, eximio recitador, pronunció la más inspirada de sus poesías, una composición a Santa Rosa de Lima que comenzaba con un fácil pareado, el que cundió de tal manera en el público, que todavía se le recuerda y se le repite cada vez que se habla de la insigne santa limeña. Helo aquí:

“Hace trescientos años el jardín florecía  
y lleno de perfumes florece todavía...”

mencionaba así el huerto donde la Patrona de las Américas oraba, torturábase y platicaba con el Doctorcito, como llamara al Niño Dios. Al llegar a la última estrofa de la extensa composición, mirando a lo alto y deprecando a la santa, dijo:

“Mírame, Rosa, mira  
como en un confidente diapasón de mi lira  
mientras en tu ventana de la celeste altura  
eres inmensa rosa de límpida blancura;  
en tí los ojos fijos  
yo te pido ventura  
sólo para mis hijos”.

Y hubo tal tristeza en su semblante y temblor en la voz, que contagió a sus oyentes, como suele ocurrir cuando se llega al alma de las multitudes. Era que él sabía que pronto marcharía al destierro, y la familia sostenida con su trabajo no contaría con más auxilio que el que pudiera esperar de Santa Rosa.

Pero el éxito más grande del poeta fue el de Tacna, en el que cúpome el papel de administrador.

Aproximábase la fecha de las elecciones generales y el señor Amadeo de Piérola —hijo de don Nicolás— me buscó para hacerme saber que para dar más calor a la candidatura de la Jara y Ureta habíase pensado en llamar a Luis Fernán, que se encontraba en Buenos Aires, y hacer que desembarcase en Arica para ser recepcionado en Tacna, la tanto tiempo irredenta ciudad peruana que sólo dos años antes habíase reincorporado al seno de la Patria; y terminó preguntándome si yo aceptaría la comisión de viajar a ella tres días antes para preparar una manifestación grandiosa, y otra en Arequipa. Como la personalidad de Cisneros gozaba de simpatías en todo el país y además representaba la romántica figura del poeta perseguido que regresaba a su hogar después de once años de exilio, esperábase un éxito completo. Acepté, tomé el avión, me detuve en Arequipa para encomendar a los personeros de cinco pequeños partidos políticos alia-

dos de la *Acción Republicana* los preparativos de la manifestación para recibir al bate que regresaba, y pasé a Tacna donde busqué al Dr. Carlos Téllez, la personalidad más importante y respetable de la ciudad, gran amigo y compañero de estudios de Ernesto de la Jara, hermano de José María, y solicité su colaboración.

Su respuesta fué: "Regrésese usted inmediatamente a Lima. Aquí no se puede hacer nada. Esta provincia ha estado tanto tiempo fuera de la soberanía peruana que nadie conoce la política nacional; pero un partido juvenil y violento de reciente fundación que trata de captar el poder, cuenta aquí con un joven tacneño que con una eficaz propaganda háselo captado íntegramente.

Después de varias horas de insomnio buscando como salir airoso pensé que podría aprovechar del talento poético de Cisneros y de su arte declamatoria; en las primeras horas de la mañana pedí a Téllez que me consiguiera uno de los teatros de la ciudad para ofrecer una velada literaria en honor del poeta exilado, lo que fácilmente se consiguió. A medio día recibí a Luis Fernán y guardéme bien de comunicarle mi proyecto, porque por lo general era adusto y sospeché que lo rechazaría. Limitéme a pedirle que me acompañase, pues iba a hablar en el teatro.

Cuando entramos en él, estaba atestado de gente. Toda Tacna esperaba a Cisneros. El doctor Téllez que ocupaba el estrado junto con Luis Fernán y conmigo hizo en breves palabras nuestra presentación; y comencé lleno de temor mi discurso. Temor porque nunca había hablado en público, temor porque cualquier frase indiscreta que se me escapase desencadenaría la tormenta. Hablé del poeta, de su sacrificio en aras del bien público, del drama de su vida, de generalidades de la política, y pendiente siempre de los ojos de mi auditorio, atrevíme dos veces a mencionar la candidatura de la Jara y Ureta; pero pronto capté en el ambiente la hostilidad del público próxima a estallar y finalicé mi discurso diciendo: "Señoras y señores, el poeta Luis Fernán Cisneros va a recitar ahora algunos de sus inspirados versos en honor de las damas tacneñas".

Nunca olvidaré la mirada terrible del vate y el gesto agrio de su rostro; pero como no había más remedio púsose de pié y recibió el cauroso aplauso del público. Cada una de sus poesías daba lugar a un estallido de entusiasmo, y cuando terminó tuve la crueldad de pedirle con voz sonora: "Poeta, no prive usted a Tacna de la más bella de sus composiciones, *La Muñequita Limeña* —verso que fue siempre su mayor éxito en Lima—. Accedió y al terminar ya no fueron aplausos sino apoteosis. Precipitóse la muchedumbre a tomarlo en brazos cuando descendía del escenario y lo trasladó por las calles de la ciudad hasta dejarlo en su hotel. De ese modo el hechizo del poeta produjo el *Triunfo de Polimnia*.

#### *Cisneros Diplomático*

Hallándose Luis Fernán en plena madurez, lleno de experiencia y de conocimientos captados no en las aulas sino en la vida, en el pe-

riodismo y en la política, tuvo nuestra Cancil'ería en 1933 un feliz atisbo al descubrir al gran diplomático que en él había.

No se puede reprochar a Cisneros por no haber compilado y publicado sus brillantes discursos diplomáticos. Fue siempre pobre. Pasó del colegio a ocupar pequeños puestos en oficinas públicas; pero pronto ingresó a su terreno luchando por la justicia y austeridad de los poderes públicos; siempre, siempre desinteresadamente y arrojando riesgos y persecuciones.

Sus virtudes y actos de abnegación y patriotismo fueron pagados con exilios y prisiones, en los que no sentiría sus propios sufrimientos sino los de su numerosa familia. Prodújose al fin su ingreso a la diplomacia, donde hallaría ancho campo para desplegar las alas, ambientes de alegría y de triunfos y asegurado el pan de los suyos; pero tardíamente, en los años próximos a la ancianidad cuando sólo nos queda el sufrir y el recordar.

Lo visité cuando regresó a la Patria y halléle apesadumbrado y silencioso. Hablome de una afección cardiaca. Pero no fué el corazón quien puso fin a sus días, sino la guillotina de los 70 años, con la jubilación forzosa que detuvo bruscamente su rauda carrera. El Cisneros que encontré en Lima era un águila herida cayendo de las alturas. El suplicio del descanso dio muerte al insigne luchador que nunca supo lo que era descansar...

## EXPRESION DEL PERU

EL PERU es un país de personalidad y contornos definidos, con vida gloriosa ayer, de fusión y transición hoy y llena de promesas para el futuro; huelga decir que condicionadas a la crisis moral y política que aflige al mundo, crisis cuya solución debemos esperar confiando en la divina providencia y laborando para merecerla. Puede hablarse del Perú como de los imperios romántico y faraónico, o como de los orientales, cuya maravillosa historia atisbamos en los cuentos de las *Mil y Una Noches*. Pero no es eso sólo; vive un presente de recuperación y labra un porvenir brillante. Eso es lo que quiero expresar de manera objetiva, viajando con mis oyentes, a saltos y a vuelos por su extenso y mal conocido territorio y haciendo breves consideraciones sobre su leyenda y geografía, su historia y sus hombres. Aún aquellos peruanos que no tienen sangre indígena son hermanos de Quechuas y Chancas, Aimaras y Mochicas; porque el Ande y los mares del Perú, sus valles y sus ríos, quebradas y desiertos, aportaron átomos materiales para nuestro ser y ondas desconocidas que plasmaron el alma nacional. Tierra, tradición y creencias integran nuestra personalidad y nuestra Patria.

Por la natural evolución de las cosas fue recortándose la figura del enorme Perú de Núñez de Vela. El Conde de la Monclova, virtuoso caballero empeñado en levantar la Ciudad de los Reyes después de un famoso terremoto, pero político inepto, despreciando los sabios con-

sejos del Padre jesuita Samuel Fritz, autor del primer mapa del río Amazonas, indujo a error a la metrópoli ocultándole la gravedad de la incesante marcha de los banderantes—criollos portugueses del Brasil, que penetrando a sangre y fuego cada vez más, como si pretendiesen llegar hasta las playas del Pacífico, adquirirían a expensas del virreinato de Lima nuevas tierras para la colonia portuguesa— y justificaba tales intrusiones diciendo al Rey de España: “Hay que dejarlos porque portugueses y españoles son igualmente cristianos”.

## LA GEA

CONTEMPLAMOS ahora la óptica deslumbradora de nuestro Perú. Ved cómo se desarrolla ante nuestros ojos atónitos la cinta de plata de los esteros del septentrión que nos separa del Ecuador; y cómo olvidando el temor, fuertemente asidos a las barras de hierro de la débil lancha que nos conduce, danzando en el triángulo proceloso donde chocan el oleaje del mar y el de los ríos, gozamos el más alegre y espléndido panorama de la naturaleza.

Vuelan juntamente en la altura garzas de nieve y extrañas aves negras de filudas y cortantes alas y ahorquillada cola en forma de V: las *tijeretas*, y entrelazándose en complicadas trayectorias trazan en el azul del cielo dibujos que bien podrían tomarse por signos cabalísticos.

Ahora penetramos en el sitio donde chocan las aguas del mar y las del río; vértice donde hierve el oleaje, vivero de hambrientos tiburones y tintoreras y la embarcación parece zozobrar. Estamos en la barra, dice el capitán, dentro de cinco minutos surcaremos el océano Pacífico; y suspendidos por una gruesa ola contemplamos desde lo alto de ella durante un segundo, el grandioso panorama del lugar. A nuestra izquierda avanza la península de Capones, plana y verde como un reptil, y en la lejanía se desdibuja entre la bruma como un fantasma la silueta de la isla de Santa Clara.

A la entrada del océano espérannos en plena bahía de Tumbes los delfines, nobles cetáceos, alegres como niños, que escoltan a los barcos jugueteando en las aguas límpidas, reverberantes bajo el sol ecuatorial. Nadan a poca profundidad a nuestro lado, y de pronto con enormes saltos describen arcos de círculo en el aire y caen elegantemente sobre las ondas, o apuestan carreras y pasan a la lancha a vapor, deteniéndose un momento para darnos ventaja y volver a pasarnos enseguida.

Cuentan los hombres de la selva que aman a las mujeres guapas y que cuando las bellas loretanas se asoman a la orilla de los ríos para bañarse, las raptan y se las llevan a sus desconocidos harenes acuáticos.

Bajo este gran sol y este gran aire libre, sobre el cristal tranquilo y sin límites del océano, todo canta: ¡Aleluya! ¡Aleluya!... Todo canta, todo ríe, todo ilumina. Las ondas hacen caricias a la embarcación que nos lleva, las brisas juegan con nuestros cabellos y besan nuestras sienas.

## LA COSTA FRANCISCANA

VOLANDO sobre ella exhibe su personalidad misteriosa, que muchos no saben ver.

Cuando se viaja de Panamá a lo largo de las playas del Pacífico, tras la zona tropical, eternamente verde, que se extiende hasta el Golfo de Guayaquil surge una faja gris, austera como una concepción franciscana, sedienta como los desiertos de la Biblia, desesperada como las páginas del Infierno del Dante, enorme como un paisaje cósmico, línea gris que perdura hasta donde el Perú deja de ser Perú. Sólo después del desierto ocupado por las ardientes salitreras reaparece el verde esmeralda de la costa meridional.

¡Qué pensaría el Divino Hacedor cuando dio a nuestro país esa desolada y pavorosa máscara de muertas arenas y estéril cordillera!

Irrumpen en ella de tiempo en tiempo, como emisarios de los Andes, brazos que avanzan del espinazo pétreo de América hacia el mar, para imponer en él su puño cerrado que la geografía llama península o cabo, morro o promontorio; y entre cada par de brazos un trozo de playa con personalidad propia, medialuna de rocas despedazadas por los cataclismos y los siglos que las olas cubren de encajes al estrellarse en ellas, como los príncipes amantes a sus amadas; y al fin una sonrisa de la naturaleza en la caricia de las aguas torrentosas que descenden saltando de piedra en piedra para calmar la sed de los oasis que llamamos valles de la Costa.

El amargo y sarcástico Juan de Arona sintió mejor que nadie el encanto de ella, que para el viajero superficial es la región desolada de la muerte, y pulsando la lira descriptiva poetizó sus médanos y desiertos y cantó así a su melancólica y adusta cordillera:

“Aglomerados, majestuosos, grandes  
peldaños o escalones de los Andes  
que vienen a morir en nuestra costa,  
formando al pié tal cual quebrada angosta,  
muestran áridos cerros sus perfiles,  
ligeros y gentiles.  
Aridos cerros cuya frente calva  
cuando con luz muriente el sol los hiere  
o con luz nueva al despertar el alba,  
el suave tinte adquiere  
de la flor de la malva”.

Desde el avión no cesamos de contemplar la línea metálica de las aguas del océano Pacífico, sin límites como el infinito e infinitamente despoblado, y detrás la muralla pétreo de la Cordillera de la Costa, inexorable como la de una prisión de titanes rebeldes; barrera que el destino colocó para separarnos de la orgía ubérrima de la Selva, que plateada por los grandes ríos verdea y brilla a sus espaldas.

Meditando en lo que es la Costa, sorprende que con elementos tan simples haya podido crearse bellezas tan complejas y dotadas de vida latente.

Más adelante el aire comienza a adelgazarse y puéblase el ambiente de los sonos de las esquilas, que repetidos por los cóncavos de piedra toman acentos luctuosos; anuncian desde lejos la piara de llamas o de mulas que descienden de la Cordillera cargando mincra es y moldes de plata refinada; luego la *jalca* —donde la respiración tórñase angustiosa— con sus hierbas salvajes deprimidas por el frío y la sequedad, alzándose apenas uno o dos palmos sobre la tierra autóctona. Arriba, la planicie desolada y gélida; no se puede respirar el aire enrarecido de las grandes alturas y el caminante suele sufrir el martirio del soroche. Sólo los cóndores, las llamas y el indio, personaje estratosférico cuyos anchos y poderosos pulmones le permiten alentar en los picos más altos cubiertos de eternas nieves, desde donde contémpñase la Costa como desde la luna.

En los Andes truena y graniza una dos o tres veces al día en la estación pluviosa y menudean los pedriscos. No hay pues por que extrañar que hállase creado el verbo *tempestar*. En la Costa no se conocen tales metéoros, y hay gentes que nunca han visto un relámpago. En la jungla la naturaleza es feroz. Háme ocurrido estando en el aire hallarme rodeado de diez tempestades atmosféricas al mismo tiempo, situadas como en las puntas de la rosa náutica, y es frecuente que lluvias torrenciosas no sólo destruyan los caminos sino también la orografía de los lugares.

Pero si alumbrados con la luz de la lámpara maravillosa nos introducimos en el subsuelo de la Costa, conoceremos algo del remoto pasado, con sus tradiciones, monumentos y reliquias, penetrando en sus profundos senos hasta tocar, espiritualmente, el corazón de nuestra madre tierra; porque en ella tenemos nuestras raíces, las raíces ocultas que sustentan la existencia del árbol misterioso que es el hombre.

Practicando una perforación en la más famosa huaca de una ciudad de la afamada región costeña del norte, al llegar a siete metros de profundidad descubrióse que debajo de la gruesa capa de arcilla hubo y quedó sepultada otra ciudad más grande y desarrollada, de antigüedad incalculable. Meditando en el caso llegóse a la conclusión de que uno de aquellos enormes aluviones que afligen al Perú arrastrando el material sólido de las montañas, sepultó a una urbe que vivía feliz y próspera ignorada del mundo entero, con sus dioses, sus instituciones y sus obras de arte. Esto nos hace pensar: ¿Y si miles de años antes otro aluvión sepultó a otra maravillosa metrópoli situada siete u ocho metros más abajo...? Entonces, pues, podemos afirmar que todo el inmenso desierto que es la costa peruana es un múltiple y misterioso cementerio de poblaciones, culturas y personajes sepultados en la infinita profundidad del misterio... Y así es, en efecto. Excavaciones posteriores lo han evidenciado.

## LAS LOMAS

VOLVAMOS ahora los ojos al pretérito; no al remoto sino al reciente pasado.

Con las primeras garúas y nieblas de junio cúbrese de verde tapiz la cadena de cerros de la Costa, y a medida del sucesivo desarrollo de las diversas especies de la vegetación lomera, faldas y cumbres amarillean en grandes paños con oro de amancaes, plata de mil florecillas blancas sin nombre, manchas del violado y del rosa de los oxalis y azul claro y trasparente de las minúsculas saponarias.

Como esta época coincide con la de escasez casi absoluta de pastos en los valles, trasladábanse los agricultores de antaño con sus ganados a las lomas, y durante un par de meses sentaban sus reales entre la blanca y sutil nube de vapor de agua de la niebla permanente; y eran de verse las caravanas de los señores con su familias y criados, jinetes en orgullosos caballos y jacas de ascendencia andaluza o en tucumanas mulas de bronce; en pos el ganado trashumante y los arrieros restallando sus látigos de varios metros de largo. Cerraban la marcha piaras de acémilas de todo orden, con sendos almofreces hechos de una enorme piel de vaca doblada en dos a modo de cartería de gigantes, donde llevaban mantas, colchones y fardos, cubiertos, loza y utensilios de cocina y las clásicas petaquillas de cuero sin curtir para guardar los pesos, onzas y doblones de oro; mientras yendo y viniendo custodian la retaguardia los perros de los señores y los mastines de los vaqueros.

Sería de verse entonces la pintoresca caravana serpenteando por los caminos tortuosos que hoy traga el automóvil, caracoleando en los cerros, unas veces bajo la hiriente luz del sol y otras enfundados en la bruma que esfumina sus siluetas dándoles fantasmal apariencia en la lejanía.

Eran entonces las lomas supervivencias de la Arcadia, sin linderos ni separaciones. Ahí los rebaños pacían libremente a la buena de Dios hasta el día del retorno; entonces practicábase el rodeo, contábase el ganado y cada señor retiraba lo suyo. ¡Quién tuviera los pinceles del autor del Discurso de la Edad de Oro para pintar el cuadro!

## LA QUEBRADA

PENETRAMOS ahora en *La Quebrada*, de la que nadie se ocupa aunque está llena de rincones, arcabucos y vallecitos de seductor encanto, y antójase me la porción más femenina del territorio peruano. Compónese de profundos tajos de la Cordillera que suben desde las arenas de la Costa hasta las abras del Ande, con sinuosas y bravías pendientes abiertas por ríos, riachuelos y torrentes, a cuyas márgenes verdean vallecitos de un verde que varía, por grados, desde el amarillento próximo a la paja seca hasta el casi azul de los trigales típicos de la Sierra peruana.

Aún hoy sus pequeños pueblecitos tienen una calle única, la que nace y muere en el campo, órnanse con los agavés glaucos o con los

matizados con cintas verde y oro, y con pequeños bosques que se empujan en la punta de los cerros cubiertos de frescura y verdor en la estación pluviosa, escalan las alturas en ascensión sin término por los flancos erizados de gigantones que alzan sus brazos de candelabros jerosolimitanos, como los del templo del Rey Salomón, clavando fuertemente sus raíces de acero en el pedernal de la montaña.

La calle única es siempre estrecha, sinuosa y pendiente; ya se angosta hasta tocarse las tejas de los aleros de las fachadas fronterizas, ya se ensancha como los meandros de un río.

Címbranse las jibosas techumbres bajo el peso de las tejas musgosas, con los cactus que sobre ellas nacen ofreciendo frutos y flores como en colgantes jardines, o con los ingrátidos penachitos de blancas plumas de las gramíneas salvajes. Los balconcitos, invariablemente pintados de verde y bronceados por la mano del tiempo, y las jactanciosas casas de la gente de respeto, con portales de piedra toscamente labrada y desgastada por los hombros de los poblanos y los flancos de las acémilas.

La tertulia en ellas celébrase a la luz del quinqué de petróleo con chismografía y cháchara, cantos *folklóricos* de la quebrada —ya de los negros de las haciendas de caña, ya de los yaravíes arequipeños de Mariano Melgar, bate romántico torturado por el amor y glorificado por un sacrificio heroico—, acompañados con el zumbido de las abejas y el bordoneo de las vihuelas; todo lleno de cierta tristeza, especialidad de la Quebrada, que en la geografía es el paso de la Costa a la Sierra y en el alma de sus habitantes, síntesis del espíritu alegre de los valles llenos de sol, ufanía y playas espejeantes, con el alma triste y melancólica del Ande, donde tañe la esquila del rebaño como un lamento, la flauta del indio llora entre los peñascales y la llama de ojos dulces yergue su cabecita de muchacha asustadiza sobre las esbelteces de su cuello fino de animal estilizado.

Aunque femenina, la Quebrada es bronca, la Quebrada es épica; con sus adurriales que comunican aldeas desconocidas y senderos colgados en el flanco de los abismos, es una escuela de hombres y de pueblos, más bravía que la Vandea de Francia y la Alpujarra española. En ella se educaron nuestros *chuanes*, porque siempre fuimos un país de montoneros; y la juventud peruana ha cultivado el deporte viril del *quebradismo* como cultivase el alpinismo en Europa y otras partes. A ella debimos las glorias y los éxitos de la campaña de la Independencia y la epopeya triunfal de *La Breña*; debémosle también lúcumas y naranjas de oro, los vellones de plata de sus corderos, el olor de heno y leche de sus vacas y sus paisajes de égloga donde el Títilo quechua enamora a Amarilis con los amantes ayes del caramillo; y ¡Ay! también el horror de los huaicos veraniegos cuando los torrentes se tornan en destructoras cataratas, arrasan pueblos y aldeas sembrando por doquier muerte y desgracia y hasta destrozando la gea, convirtiendo las planicies en abismos y arrojando montañas enteras, como dioses irritados que quisieran destruir al mundo.

LA SIERRA de antes, hasta muy entrado este siglo, es muy otra de la de hoy que se recorre en automóvil por caminos, mejores o peores, pero sin las fatigas del lento andar de los caballos trepando en las cuestas desde las arenas desérticas por quebradas abruptas, cálidas y sofocantes, hasta ciudades y minas del Ande que llegan, aquéllas a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y éstas a casi seis mil.

Las lagunas serranas son el reino de la diosa Artemis, adorada en Roma con el nombre de Diana, la de la túnica breve y el pie ligero que en las noches lunadas y con la medialuna en la frente recorría los bosques de la Hélade luciendo su rostro fino de angelical belleza y su mirada pura —pero no los ojos claros, serenos, del mariscal galante de Gutierre de Cetina— sino de la divinidad frígida, sin corazón, sanguinaria y destructora; la de las venganzas terribles y los castigos terroríficos. Tales son las lagunas del Ande donde al pie de cada nevado hay un líquido espejo para que el audaz picacho se narcisee; pero un espejo líquido que cuando rompe sus bordes descende arrancando grandes peñascos a la cordillera, con los que se precipita despedazando el cauce de los ríos, destruyendo los pueblos de las orillas y a sus infelices moradores y sembrando los campos de gruesas piedras que impedirán el cultivo para siempre; pero en el fondo del mal está el bien, cuando el ingeniero las torna en pródidas y benefactoras, conduciendo al valle sus caudales para mantener la vida de los humanos y de los brutos, del algodón y el maíz, la caña dulce y la dulce uva peruana, cuya sangre incita a la danza, a la alegría y al amor.

José de la Riva Agüero, que aunque nunca fue poeta convirtiéndose en tal en su excursión de 1912 del Cuzco a Huancayo, dice hablando de las Punas: "Allí los duros pajonales amarillentos alimentan ganados laneros guardados por míseros pastores; los tarucos y las vicuñas en manadas se ocultan tras de los riscos rojizos y violetas estriados de nieves que encierran las más preciosas minas; cae a diario el granizo y los charcos congelados brillan como láminas de plata. Y más arriba aún, sobre los penachos de las nubes queda la región polar e inaccesible de los picos nevados, y los ventisqueros que recortan entre las peñas el cristal de sus aristas bajo el azul profundo de la atmósfera y la refulgencia mágica del sol" (Paisajes Peruanos. Pág. 175); y José Luis Bustamante y Rivero, con el don de ver a través de los cuerpos opacos la vida y el alma que los anima, habla así de los Andes: "La Cordillera es un ser vivo, actúa, siente, dormita... A veces sufre el cansancio de su avance tortuoso, y extiende entonces hacia la Costa, como una mano en ansias, sus colinas menudas para recoger en el cuenco de las quebradas el agua del peregrino. Sus inmensos tesoros minerales diríanse escondidos con deliberada avaricia en los parajes más recónditos de su masa, poco menos que impenetrable".

EL AMAZONAS es un mar mediterráneo de América del Sur, al cual los estados ribeños pueden llamar *Mare Nostrum*, como los latinos al que separa pueblos y territorio de Europa, del litoral de Asia Menor y del Africa Romana. Pero más que ninguno, el Perú; no por la circunstancia casual de que nazca en tierra peruana o de ser hijo de nuestros grandes ríos Ucayali y Marañón; sino por la trascendental de que nos proporciona una fachada en el Atlántico, pues es un brazo de agua que comunica a este océano con el corazón de la América del Sur y con todos los ámbitos de nuestra región de Oriente, fiorendo gigante por sus dimensiones y porque se ramifica en innumerables caminos, caminos de agua, determinando las condiciones de vida, comercio y trabajo en los campos y pueblos de sus márgenes.

Si, como en la mitología griega, personificásemos y divizásemos a los montes y a las grutas, a los lagos y a los ríos, hay un pequeño lugar en la hoya del río Ucayali, llamado Pucallpa, que es obra del hombre y no de Dios, nudo que une en tierra peruana los dos océanos, al que bien podríamos tener como a divinidad gigantesca que, de pié y contemplando frente a ella la Cruz del Sur, tiende el brazo derecho a lo largo de caminos que cruzan selvas, montes, cordilleras y desiertos hasta hundir la diestra mano en las aguas del Pacífico, y la izquierda a lo largo del Amazonas hasta tocar con la punta de los dedos las aguas del Atlántico.

La selva amazónica fue siempre un mundo misterioso y terrible para el civilizado. Con supersticioso respeto los antiguos peruanos hablaban de ella, y los conquistadores españoles la supusieron llena de fantásticos imperios, como El Dorado, el Paytiti y otros países de fábula de las leyendas mágicas del Oriente. Por eso Humboldt, que se asomó a ella en los primeros días del siglo pasado, la llamó *Hüea*, como si fuese un bosque encantado de la Grecia poblado de dioses y ninfas, sátiros y demonios.

Los sabios y antiguos emperadores del Perú concibieron la empresa de penetrar en la Amazonía y llevar a ella las luces de la civilización y la idea de Dios. Garcilaso de la Vega en el Cap. XII del libro VI de los *Comentarios Reales de los Incas*, rubrado "Nuevas Conquistas que el Rey Inca Yupanqui pretende hacer", nos relata cómo este insigne soberano después de haber gastado tres años en la visita de sus dominios, "consultó con su Consejo sobre hacer una brava y dificultosa jornada hacia los Antis, al Oriente del Cuzco".

Y continúa el cronista:

"Tenía este deseo Inca Yupanqui por conquistar las naciones que hubiese de aquella parte, para reducirlas a su Imperio y sacarlas de las bárbaras e inhumanas costumbres que tuviesen, y darles el conocimiento de su padre el Sol". ¡Qué mejor elogio puede hacerse del virtuoso Inca Yupanui!

No se olvide que por la época de que habla el Cronista, los antiguos peruanos habían llegado a las cumbres de la ciencia y de la fi-

lososía y hasta alcanzado a vislumbrar la existencia del Dios único, hacedor del Universo, sin cuerpo ni formas materiales e imposible de representar en imágenes o efigies; concepción tan elevada y sorprendente en quienes no habían recibido las luces de la Revelación y las enseñanzas del Divino Maestro, que sorprende a cuantos estudian la civilización y la cultura de aquellos hombres extraordinarios. Y no hay porque subestimarlos pensando que para ellos el astro del día era la divinidad misma; nó, era un símbolo visible, como el de nuestra religión que representa a las tres personas de la Santísima Trinidad por medio de figuras materiales.

En ciertos lugares inhóspitos del Viejo Continente el campesino se sacrifica cultivando un estrecho pedazo de terreno estéril, que sólo a costa de sudor y sangre rinde una mísera cosecha. Hay en Asia rincones desgraciados donde cada metro cuadrado de cultivo fue abonado, a través de los siglos, con el dolor y la vida de miles de infelices, y así y todo sólo puede alimentar a un hormiguero de mendigos; mientras tanto las selvas americanas duermen intactas, llenas de promesas, con miles de millones de metros cúbicos de madera que sólo reclaman la sierra y el tractor, lagos de petróleo, arenas de oro, y hasta el tesoro, todavía insospechado, del caudal humano del nativo de las tribus nómadas, que cuando se desarrolle la eugenesia permitirá dotar al hombre civilizado, por medio del mestizaje, con las aptitudes que le faltan: certeros ojos de águila y ligeros pies de gamo, instinto de zorro y fuerzas de gorila, la agilidad del tigre, sentido de la orientación de la paloma mensajera y la visión en las tinieblas del buho y del murciélago; y todo esto será posible y presagio de la hormona del porvenir...

José Santos Chocano atalayando el futuro con su intuición de poeta dijo así:

“Será el Perú amazónico el pueblo sin rencores  
que enjugará el llanto de todos los dolores  
y partirá entre muchos las hostias de su altar

porque la raza al borde del Marañón nacida  
penetrará cien años en la futura vida  
como penetra el río cien leguas en el mar”.

Escucho voces escépticas y palabras derrotistas, que se deben a la proclividad del hombre a juzgar como límite de los tiempos el que actualmente vive; y sus conocimientos, como el non plus ultra de la ciencia. De ahí que juzguen a la jungla como una región inútil, patria del salvaje y de las fieras, no apta para seres humanos y desprovista de riquezas.

Hay que enmudecer ante lo desconocido y respetar el misterio. La humanidad ignora todavía los tesoros que puede guardar la Amazonía, metales extraños, rubíes y diamantes, frutos cuyos jugos pueden ser la fuente de Juvencio, hongos y algas antídotos de las enfermedades del cuerpo y del espíritu.

## CAMINOS Y CANALES

UNO DE los más claros índices para juzgar la gran cultura y don de gobierno de los Incas, es la red de caminos que dejaron y los canales que venciendo cuestas y hondonadas abrieron desde la parte alta de los ríos hasta los valles de la Costa. Muchos de estos últimos todavía utiliza la agricultura. Por eso Hipólito Unánue comenzó su famoso discurso pronunciado en 1801 en la inauguración del camino de Lima al Callao, con estas palabras:

“Los caminos son entre los establecimientos públicos los que mejor caracterizan el grado de civilización de un Estado, el talento y gobierno que lo rigen; porque a manera de las arterias del cuerpo natural forman en lo político los canales por donde giran los espíritus que lo animan y vivifican. Las ideas no se desenvuelven en los hombres ni adquieren valor las obras de sus manos sino en razón de la comunicación que tienen entre sus diversas sociedades”.

Este paralelo de Unánue, del papel de los caminos y el de las arterias es tan perfecto, que bástame para juzgar la obra que con ellos hicieron los antiguos peruanos; por desgracia el Virreinato no pensó así; aprovechóla pero sin cuidarla, y poco a poco el uso, el tiempo y las lluvias torrenciales destruyeron la mayor parte de ellos. Sin embargo, eran tan bien contruídos que todavía subsistenten ciertos caminos; pero aislados, y por lo tanto inutilizables. Por eso las grandes marchas de la República fueron lentas y dolorosas. Mientras más difícil es la marcha del hombre por los caminos más lentas y miserables son la educación y las ideas.

## MARES DEL PERU

EL OCEANO Pacífico que acaricia nuestras playas l'eva con justicia su nombre en nuestras costas —no ocurre igual en el resto de la América— Sus mares son amables, amigas del hombre, pródidas en alimentos que no atinamos a aprovechar, suavizantes y atemperantes del clima, que debió ser intensamente rudo en nuestro caldeado desierto y que la Corriente Peruana dulcifica.

Sus islas, mejor dicho islotes y peñones, plateados por obra de las aves marinas son, cuando el sol las baña, un rosario de perlas paralelo y cercano a la tortuosa línea del litoral. Nególes el Hacedor el agua potable y vegetación alguna, sin duda para detinarlas a los millones o miríadas de aves que cuando levantan el vuelo tienden un oscuro toldo sobre el mar, y elaboran el vital fertilizante capaz de enriquecer todos los campos del país con el ázoe y los fosfatos depositados como un tesoro a través de miles de años, intactos gracias a la carencia de lluvias que impide que se deslían.

Y esas islas sin agua y sin vida, cadáveres de viejas cordilleras despedazadas por los sismos de la edad geológica, fueran templos viejo-peruanos de la diosa Luna, adorada en Babilonia y en la China con

el mismo culto, con la misma representación y, a veces, hasta con el mismo nombre; y teatro de sangrientos sacrificios humanos, ya como castigos de crímenes tremendos, ya como voluntario holocausto de jóvenes y virginales princesas, que con suntuosos atavíos y alhajadas de piedras preciosas y conchas marinas, hacíanse decapitar para ascender al Olimpo a rodear a la diosa Quilla, la Artemis peruana, y vivir la vida de los inmortales.

## EL LAGO TITICACA

ESTE LAGO tiene la belleza filosófica y triste de los crepúsculos, es decir de las agonías. Es un mar moribundo.

Vienen preocupándose los hombres de ciencia desde fines del siglo pasado, de por qué el lago está expirando. Para unos es un mar glacial. Los antiguos cronistas dijeron ser el concho restante de las aguas del diluvio. Oíd a Cieza de León cuando dice:

“Podría ser que del tiempo del diluvio quedó así con esta agua que vemos; porque a mi ver, si fuera ojo de mar estuviera salobre el agua y no dulce, cuanto más que estará de la mar más de sesenta leguas”.

Todo un extraño mundo humano, animal y vegetal, que vive en el país del lago y de él aliméntase, sufre periódicas sequías; pero esta vez parece que ya no se tratará del fenómeno temporal y que tal vez nos tocará ser testigos de la evaporación de la laguna mágica, templo de los dioses del Altiplano.

## DOS METROPOLIS

### Lima

Ciudad llena de gracia en todos los tiempos, tuvo en la era precolombina templos, fortalezas y huacas que aún hoy existen.

Fundada por el Conquistador del Perú, Francisco Pizarro, desde el primer momento comienza a destacarse por el brillo de su corte española, con las riquezas que le brindaban Potosí y Cerro de Pasco, Huancavelica y Apolobamba. Fue metrópoli de lo que hoy es Perú, Ecuador y Bolivia, de parte de Brasil, Argentina y de Chile. Hácenla encantadora la belleza y travesura de sus mujeres y la prestancia de sus hijos; abrillántanla títulos de Castilla, grandes de España y escudos de armas. Sus templos son el orgullo de Sud América, y al lado de ellos sus mansiones señoriales, que poco a poco van cayendo víctimas de la polilla y de gobernantes y ediles,—que fueron otra polilla, pero más violenta—. Sin embargo su recuerdo perdurará gracias a la pluma de Ricardo Palma y a los pinceles de Pancho Fierro.

Hasta principios del siglo actual conservaba su ambiente y su alma virreïnaticios. Trascendía al incienso de sus múltiples iglesias, al zahumerio de sus monasterios, a las flores de sus jardines conventua-

les, a gardenias de los voluptuosos huertos moriscos del Cercado y a las capitosas azucenas de oro de Amancaes.

Hoy es otra cosa: centraliza, no por la forma de su gobierno, sino por su condición excepcional de cerebro de la nación, el pensamiento, la marcha y hasta las más mínimas actividades del territorio nacional.

Es Marcel Monnier, en su "*Des Andes au Pérou*" quien, viéndola como la viera yo en los días en que hubo el uso de razón, habla así:

"¿Qué no se ha escrito acerca de esta exquisita ciudad? La historia, la poesía y la novela han hecho célebre su nombre, y sería candoroso intentar una nueva descripción sobre tantas como existen. Tan sólo mencionaré en un buen número de viajeros cierta tendencia a no ver en Lima sino la decoración, los juegos de luz y de sombra, la mezcla de las razas, los contrastes que se exhiben en las calles. Sin embargo, a mi juicio no es el secreto de su originalidad e indiscutible encanto.

"Quien ve la mansión conoce al huésped: la habitación es una gran indiscreta. Es como la *saya* que cubre herméticamente a la mujer, pero cuidando de acentuar sus líneas. La puerta maciza y con tachones de hierro parecida a la de una prisión o fortaleza, nunca está tan cerrada que no permita atisbar el interior. Un haz de luz rubia entre el verdor y los mármoles. Contemplad esa fachada. Ornamentos de todo género sobre un fondo rosa o azul suave, festones y guirnaldas, flores y frutos, los atributos mitológicos maridados al emblema religioso, curiosa alianza de lo sagrado y lo profano, del Olimpo y del cielo. . . Detrás de la celosía cerrada, adivináis algo en los balcones misteriosos. Es la limeña: marcha ondulante, grandes ojos negros brillando por momentos detrás del abanico o semicerrados como si desgranaran el rosario; elegancia envuelta en la manta severa de la beata, piedad ferviente y gracia mundana, frivolidad ensombrecida por un escrúpulo, gravedad que cualquier cosa hace sonreír".

El clima de Lima, dulce y amable, oscila entre temperaturas moderadas de 11 a 27 grados sobre cero. No llueve; sólo finas garúas. Lima no conoce las tempestades atmosféricas ni ve ni oye el trueno y el relámpago que estallan en la vecina cordillera. Es su cielo brillante y de féericos celajes, excepto en sus suaves inviernos; pero aún en él suelen surgir, sin razón alguna y sin ningún augurio, mañanas luminosas y ardientes. Un sol vivificante lleno de *pranas* baña en sus caricias de luz los campos y las casas. Entonces toda la magia de la primavera inunda nuestras arterias. Choca la sangre caliente en ebullición. El corazón vibra como una campana que acaba de exhalar su acento. Y todo el incendio de los cielos es apenas remedo del invencible incendio de la mente y los sentidos.

¡Salir; ¡Salir! ¡Queremos salir! Y trasponiendo las portadas echanse al campo las gentes, a beber luz a raudales. A bañar el espíritu en el azul del mar lejano, que ya no es la superficie de color azogue de tantos y tantos meses, sino la romántica mancha añil, espejo de unos cielos de maravilla y del osado brochazo de una nube de blanca plata pella.

En estos días el cielo diáfano torna diáfana nuestra naturaleza. Un poder incógnito, diametralmente opuesto a la fuerza de gravedad, anula la pesantez. Tienen alas el espíritu y la materia. El desgraciado hipopótamo de nuestra materia ennoblécese, aligérase. ¡Cuántas veces, muchacho, en la playa arenosa en tales días me tendí, desnudo, los brazos en cruz, y esperé como cosa natural elevarme en los aires hasta las fuentes de la luz.

## Cuzco

Ayer capital del Incario y hoy metrópoli arqueológica de América. Conviven en él tres épocas distintas, y aún podría decirse que cuatro, si se toma en cuenta la vida subterránea de otra urbe que antes ocuparía el mismo sitio, lo cual le da un ambiente de leyenda. Con sus grandes basílicas y capillas devotas, diríase que todo el Cuzco es una enorme catedral. Desde luego no es ciudad alegre, sino austera e imponente por su espíritu religioso, recia y pávida por sus construcciones monolíticas.

El españolísimo Marqués de Lozoya que la visitara, dijo: "Es un conjunto urbano, único en el mundo." Después de una contemplación más detenida vemos que lo español no es en el Cuzco sino algo leve y frágil como espuma; que lo eterno de la ciudad no es español... En el Convento de Santo Domingo lo incaico es como una roca sobre la cual creciesen, a la manera de una vegetación efímera, las columnas barrocas y los miradores moriscos.

En las noches, aprovechando de la obscuridad o en medio del penumbroso alumbrado eléctrico, sombras pavorosas vagan como almas del viejo Cuzco. Ya el indio no se acuerda del Incario. Después de 1780 y del suplicio de Tupac Amaru, ya no estallan en él las grandes insurrecciones pidiendo libertad que hicieran temblar al Virreinato.

## MACCHU PICCHU

COMO gigante de los Andes con el Vilcanota, el río Sagrado, que se enrosca a sus plantas, ocupa el centro de un anfiteatro de elevadas montañas, cubiertas de amable vegetación en sus faldas y de austeros bosques en las alturas. ¿Acaso fuera el Olimpo del Tahuantinsuyo? ¿O ciudad levantada por los titanes para escalar los cielos y destornar a los dioses? Sus habitantes como los titanes vencidos por Zeus fueron sepultados en las entrañas de la Tierra, y la ciudad condenada al suplicio del silencio eterno. Por eso Macchú-Picchu es una cifra impenetrable. ¿Dónde están sus muertos? Inútilmente investiganse su origen y la causa de su abandono. ¿Qué misterioso tabú impide que la ocupen hoy aquellos hombres que buscando un rincón donde vivir emigran desesperados?

Hyran Bingham, su descubridor, Paul Rivet, Toynbee y otros sabios trataron de inquirirla, y fracasaron en su empeño. Macchú Pic-

chu es por excelencia la ciudad muda del mundo. Conocemos ya las intimidades del átomo con sus inimaginables partículas y la disgregación de éstas, la silente marcha de constelaciones y galaxias, las montañas y abisales del fondo del océano y hemos penetrado más allá de los límites de la atmósfera; pero no se logra captar aún el más mínimo secreto de Macchu Picchu!

Su silencio y grandiosidad producen espanto y desesperan. ¿Por qué sus piedras no nos responden? ¿Por qué, como en otras partes, sus muertos no hablan? Contemplándola enloquecido a la hora del crepúsculo, llegué casi delirante hasta interrogar a gritos a la urbe fantasma; y sus ecos, de cquedad absoluta, devolvían mis preguntas remedándome

y repitiendo,

repitiendo,

repitiendo...

y sin alterar una sólo de sus notas, la acústica de mis palabras.

## AREQUIPA

NO SE qué interesa más en la Ciudad Blanca: si su campiña maravillosa y varia como un álbum con acuarelas de multicolores campiñas, o el aporte trascendental del hombre, que robó piedras al volcán y construyó sus casas nobles y robustas, de espesos muros y amplias habitaciones, techos de bóvedas de artista y de medio punto.

Su ambiente es tan diáfano que diríase que no hay ambiente; y su luz purísima como sus aguas que descienden ya en chorrillos o de gota en gota como diamantes. A los accidentes cósmicos ensámblanse en admirable maridaje el medio punto de los pesados arcos en sus portales, los ágiles puentecillos de una sola laja que salvan acequias y torrenteras y las gruesas moles de los muros de blanco sillar que la defienden de los terremotos. En las cornizas de sus patios viejospañoles tienden floridas guirnaldas las enredaderas y al centro una pila o una alberca cantando y susurrando relata viejas leyendas.

¿Arequipa! De allí salieron los estadistas forjadores de la República que construían gobiernos, y los revolucionarios que los echaran por tierra, no se sabe si por ambicioso anhelo de superación, por sed insaciable de revoluciones, sangre y fuego o simplemente por inspiración romántica y aventurera de ese pueblo de dulces yaravíes y de amorosas serenatas, despreciador de la vida y amante de la epopeya.

¿Yaravíes, dije? —Al yaraví hay que escucharlo en las románticas noches de luna, ya en los pueblitos campañeros, Tiabaya, Paucarpata, Socaballa y, por encima de todo, en Sabandía y en su tosco molino abandonado que semeja castillo medioeval o la venta del Quijote, donde un viajero contemporáneo acariciado por el dulce ambiente y ebrio con el perfume de las silvestres flores quedóse dormido, y después, como Alonso Quijano al salir de la cueva de Montesinos, describió cuanto vio en su onírica visita.

Salvando de un salto la anchurosa acequia y trepando por los taludes cubiertos de flores y hortalizas, halléme de pronto en el pa-

tio interior de un castillo. La puerta de la sala de molienda estaba asegurada, no con chapas ni cerrojos, sino con un grueso sillar que hacía de tranca. Apartélo, penetré y víme en un recinto de espesos muros en cuyo centro yacía dormida la muela de granito, todavía enharinada. Olía a harina fresca y a dorado trigo, a flores, pues habíales en un cachirulo de barro delante de la Virgen de Chiquinquirá, devoción favorita del lugar, y a sol, porque el sol tiene no sólo color y luz, sino olor y aún sabor en Arequipa. Gustélo, pues, abriendo los brazos para más dilatar los pulmones, y recibir en ellos más de sus rayos de los que en ellos caben, y expelerlos luego para eliminar las *antimonias* de las tumbas antiguas y de los castillos abandonados desde luengos días, guarida de duendes y aparecidos, y reemplazarlos con el misterio de las *pranas* de ardiente gusto y capitosas orobias”.

## CAPITALES DE EMERGENCIA

### TRUJILLO

LA URBS LUCIS, ciudad de luz, con calles anchas y rectas, las casas de un solo piso con patios señoriales. Su firmamento es siempre luminoso y su sol esplendente. ¡Qué bien lucen bajo sus tibias claridades las altas fachadas con elevadísimas puertas de calle, mansiones como de gigantes. Sus enormes ventanas de hierro forjado, que parecen hechas de encajes y flores avanzan mejestuosamente sobre la acera. ¡Y qué románticas debieron ser en las noches del pasado, tras las tinieblas de la urbe mal alumbrada o bajo los melancólicos rayos de la luna, estas casonas con sus floridos patios cargados de perfumes y sus rejas en las que enredan jazmines floridos, ñorbos, madrelevas y corazones amantes y suspiros!

El Trujillo del Incario fué la gran metrópoli *yunga* de Chan Chan, tierra de *Mochicas* y *Chimúes*. Bajo su sol de fuego blanquean sobre el polvo gris de la tierra esqueletos de templos y murallas derruídas, más que por los siglos por la codicia de los buscadores de huacos y violadores de tumbas.

¡Cuándo advendrá el Espíritu Santo a iluminar con sus lenguas de fuego el cerebro y las almas de nuestros compatriotas!

### AYACUCHO

LA VIEJA Huamanga, remota y enclavada en el centro del Perú, puede llamarse el ombligo de la República, pues fué creada por una admirable inspiración del genial analfabeto Francisco Pizarro equidistante de dos grandes centros del país conquistado, Jauja y el Cuzco; aquél originariamente indicado como el lugar que ocuparía la capital de virreinato, y el Cuzco metrópoli del imperio.

Con sus tres grandes batallas Ayacucho está lleno de historia y de hazañas; la del siglo XII librada por Inca Roca contra los fieros *chancas*, donde después de la victoria el soberano soltó al halcón que

llevaba al puño diciéndole ¡*Huamán ca!* (hártate halcón). De ahí procede el sangriento nombre de Huamanga, también llamada Ayacucho que significa rincón de muertos. Dos nombres funerales que pesan sobre la urbe amable y de dulce clima injustamente. Después fue la de Chupa, escándalo de desunión y anarquía entre hermanos, partidarios de Almagro y de Pizarro. La tercera, gloriosa y trascendental para el mundo entero, tuvo por escenario el campo de La Quínuá y asentó la partida bautismal de la independencia americana.

Lejos de todo y en medio de su orgullosa pobreza los hijos de la urbe mantienen vivo el sentimiento de su señorío y amor inmarcesible a las letras, y siguen dando escritores y diarios y revistas.

## DIOSES

EN 1532 LLEGO a estas tierras un conquistador europeo, tomó posesión de ellas, arrasó sus sabias instituciones, esclavizó a sus ciudadanos y dió muerte a sus dioses inmortales. Antes, otro conquistador de procedencia desconocida, Nainlap, con su maravilloso convoy de balsas, desembarcó en una caleta con su real séquito y conquistó a las poblaciones no con la violencia y el acero, sino a la luz del pensamiento y con el milagro de la palabra; y tal vez antes otros Pizarros y Nainlapes hicieran otro tanto en diversos sitios del Tahuantinsuyo. Pero no han muerto los antiguos dioses. Ahí está KON, el ser supremo por excelencia que llegó del Norte, ingrátido, casi invisible, incorpóreo, en alas de un viento huracanado que recorrió todo el llamado Nuevo Continente, y que torna y reaparece en sus múltiples hipóstasis y variadas representaciones.

La mística de los nevados del Perú es un insigne libro, magno como la Biblia, escrito en caracteres cósmicos que recién ahora comenzamos a sospechar. Mirando al divino Huascarán contemplan nuestros ojos casi cegados por la belleza deslumbradora, a Dios en el tetraedro de diamantes con sus tres cabalísticos triángulos, que representan a la trinidad del Ser único en sus tres personas, encerrada cada una en la tres líneas de la más simple de las superficies geométricas: el triángulo, simbólico en las religiones de la vieja India y de las cábalas talmúdicas.

El Sol, llamado *Inti* *Texe* *Huiracocha*, y *Quilla*, la Luna, eran las grandes divinidades del Perú precolombino. El astro del día reinaba en el Incario. La Luna, reinó en el Perú y en el mundo antiguo como diosa de los mares y de los ríos, manantiales y lagunas, de la fecundidad y de la vida. Enseñoreábase en los pequeños países del litoral, especialmente en el Norte y en las islas del Pacífico. En 1937 todavía no se había decidido quién era más poderoso, el Sol o la Luna; por eso al producirse un eclipse total de sol en dicho año, los indios de Ancash lloraban desesperados porque la Luna iba a devorar al Sol, que era el padre de los cultivos.

Trasponiendo la Cordillera Occidental nos deslumbró Chavín con sus pávidos personajes de piedra que hablan con el gesto terrorífico

de sus facciones, y en el seno de la tierra yérguese el *Lanzón*, divinidad máxima de aquel reino sin historia, con la sien ornada de serpientes, colmillos de jaguar, garras de cóndor. Como el Arimanes de los persas, es el dios de la tinieblas. Y en la cima del cerro que lo cubre, la *intihuatana*, pirámide pétreo sobre la cual el sol detiéndose un instante cada veinticuatro horas, es Ormuz, divinidad de la luz que alumbra al universo.

Catequilla, de quien nos habla el Padre de la Calancha, cronista agustiniano, para probar su divinidad al pueblo incrédulo, dió una coz a la montaña desde cuya cima hablara, y la dividió en dos partes que “todavía —dice Calancha— la pueden contemplar cuantos visitan la demoniaca tierra de Llapo”.

Perseguido por los catequistas, Charimango emigró de Ancash a Huamachuco y finalmente refugióse en Tauca.

## DEMONIOS

EN LOS RIOS hay sirenas. A orillas de un arroyuelo sombreado por los oscuros alisos de Huaylas, moran y disfrutan completamente desnudas las *Huaracllas*, y con la belleza plástica de sus formas, el hechizo de sus dulces miradas, sus gráciles movimientos y el son irresistible de sus cantares atraen a los jóvenes, sin que haya llegado a saberse si para alojarlos en un paraíso oculto de placeres o para perderlos con muerte ignominiosa.

Perviven los dioses en el alma del indio, en sus huacos y en sus *rímacs*, oráculos que contestan a todas las interrogaciones, en los brujos de las diversas sectas del Tahuantinsuyo y en las bebidas mágicas que transportan a quienes las liban a la mansión donde moran y hablan los que fueron.

La región del Titicaca y la magna ciudad de Puno, emporio de las minas de plata, constituían un enorme centro religioso en los tiempos precolombinos, olímpo de dioses y demonios según la palabra indubitable del Padre Morúa, quien se expresa así:

“Aunque donde primero se apareció el demonio en este reino del Perú fué en Surco, pueblo de la comarca de Lima, de donde fué discurriendo por toda la Sierra, y así en aquel distrito le llamaron *Pachacamac*, del cual tuvieron que ser el criador *Texi Viracocha*, como queda dicho en la historia de Cápac Yupanqui Inga; y en el distrito del Cuzco le llamaban a esta serpiente *Chancochaba* y en el distrito desde Collao, Titicaca y en la provincia de Andesuyo *Anti Viracocha*.

“De suerte que en estas cuatro provincias fué adorado debajo le diferentes nombres; en esta desde Collao se sabe, como se ha visto, haber la mayor cantidad de huacas que en estas dichas provincias en especial y en las islas desta ancha laguna, que hay muchas; y no había pueblo o señor particular que no tuviese la suya señalada”.

## BRUJERIA Y HECHICERIA

NO PUDO faltar en el Tahuantinsuyo la terrible práctica de la brujería, extendida por todo el planeta y en todos los tiempos, con ideas, procedimientos y elementos idénticos a los de los más lejanos continentes; y son los religiosos catequistas de la Colonia quienes nos informan sobre su crecido número, sus horrores y a veces —hay que confesarlo— sus prodigios, y nos introducen en el conocimiento de los incubos y súcubos al hablar de aquella bruja a quien el Teniente Francisco Hernández de Prieto tenía en prisión y con cepos para remitirla al Santo Tribunal de la Inquisición de Lima; la cual anunció que se escaparía, como efectivamente lo hizo, y fué hallada al pie de un árbol sin que siquiera hubiese sacado los pies del cepo, lo cual hácele suponer que fuera manceba de un incubo, que no es otra cosa que el demonio que toma figura de hombre para hacerse su amante; así como, en ocasiones, con apariencias de mujer, es la barragana de un brujo. Y agrega textualmente:

“Y pues hemos hablado de estos géneros de apariencias del demonio, sepamos que en estos contornos de Barranca, Huarney y Huacho uvo en los tiempos que estuvo en su conversión el P. Fray Juan Ramírez y Fr. Gonzalo de Santiago en los Ocos y Lampas, muchos incubos y súcubos”.

No ha faltado cronista español que diga que muchas de las Cochas, esposas de los Incas, fueron brujas y envenenaban a sus víctimas con tóxicos vegetales o con otros que extraían de las arañas.

¿Qué de particular tiene pues la existencia de los maleros de Panachí y de los limpiadores de Salas? Estos limpian del daño a las víctimas de aquéllos, utilizando escondidos secretos, y como arma decisiva las oraciones de San Cipriano y del Justo Juez, que son infalibles. Cerca de los citados lugares se encuentra la gran laguna de Las Huarinas en Huancabamba, a la que todavía concurren en peregrinación enfermos y ojeados del Norte, del Sur y de Lima para ser desembrujados. Y útilízase en todas partes el muñeco de trapos claveteado con alfileres en los órganos donde la víctima debe sentir dolores, y la cimora y otras hierbas que tomadas en infusión sumen al paciente en misterioso letargo que les permite ver a sus parientes, amigos y enemigos muertos y platicar con ellos.

Los archivos del Santo Tribunal de la Inquisición de Lima están llenos de nombres y datos de brujos y brujas quemados por practicar la magia negra o adorar a Satanás; y hoy mismo en todos los pequeños pueblos de la Sierra hay un brujo que es el gran personaje de la localidad, descubre a los autores de robo y asaltos, conjura las calamidades que la amenazan, cura con nigromancia y con hierbas las enfermedades, ahuyenta las epidemias, habla con el alma de los muertos, y a veces hasta con los espíritus buenos o infernales.

Ocurrió en el Cuzco este romántico episodio de hechicería: Paseaban cierta vez en el Yucay paradisíaco dos lindas princesas, hermanas consagradas al Sol; hallaron a un pastor “mozo bien dispuesto y gentil hombre que guardaba los ganados blancos para los sacrificios

y tocaba la flauta a maravilla". Según cuenta el Padre Morúa llamábase Acoytrapa.

Chuquillanto, la menor de las muchachas, prendada del mancebo dirigióle la palabra; pero éste "entendiendo que era alguna de las cuatro fuentes cristalinas" sintió miedo y turbado postróse de rodillas.

Al cabo tranquilizado con las dulces palabras de ambas platicó con ellas. Interesóse Chuquillanto por conocer el significado del "am-pu" (adorno frontal) de plata que ornaba la frente del mancebo, extraña joya en la cual unos aradores primorosamente dibujados devoraban un corazón viviente; y Acoytrapa lo explicó con palabras turbadoras.

De vuelta al Acllahuasi, palacio de las vírgenes del Sol, presentóse en sueños un ruiseñor a la muchacha enamorada y díjole: "Canta, canta en el centro de las cuatro lagunas y escucha si repiten tus canciones".

Levantóse Chuquillanto a media noche, y en el lugar en que juntábanse los cuatro líquidos espejos comenzó a entonar la canción del *Mituc Usutuyucuc utusi cusin* (arador que está devorando el corazón viviente), y las cuatro lagunas en coro respondieronle con la misma melodía.

Acoytrapa que ardía en el fuego del primer amor lleno de angustias cayó a tierra desmayado, encontrólo su madre que era hechicera y díjole consolándolo: La princesa te amará.

Al día siguiente volvieron las vestales a la choza del pastor y hallaron a la madre que preparaba un misterioso guiso de ortigas. Chuquillanto lo gustó embelesada; pero en vano esperó que apareciera Acoytrapa. La madre al despedirla ofrecióle un bordón para el camino. Dentro de él estaba Acoytrapa incorporado por arte de magia. Y cuando la princesa comenzaba a tomar el sueño en su lecho, surgió el galán de entre las fibras del bordón y los jóvenes se amaron locamente.

Al amanecer salió Chuquillanto a su paseo cotidiano y al llegar a un escondido valle Acoytrapa surgió del bordón, y los amantes entregáronse a las más tiernas caricias. Pero ¡Ay! los *pongo-camayos*, (guardianes de Acllahuasi) habían seguido ocultamente a la princesa, y al descubrir los sacrílegos amores de la Virgen del Sol corrieron tras de los criminales, quienes después de haber huído de sus perseguidores por valles y quebradas, ríos y montañas, cayeron al suelo rendidos y convirtiéronse instantáneamente en las dos piedras —que parecen estatuas— de Huallabamba, a las que los indios llaman *Pitu-s*. Y todavía hoy los jóvenes quechuas las invocan, bañándolas en su llanto los que aman sin esperanzas, y cubriéndolos de flores los amantes afortunados.

## PERSONALIDAD DEL PERU

NOTABLES originalidades constituyen la personalidad del Perú. Una de ellas es el misterio, indescifrable hasta hoy, de origen del hombre en él. No es esta la oportunidad de hacer la relación de las teorías

sobre su procedencia; basta decir que fueron múltiples las que sucesivamente se pusieron en boga. Hasta llegó a sostenerse que advi- del mítico continente de la Atlántida, sin que faltasen arqueólogos fantásticos que aseguraron que algunos extraños dibujos grabados en las pétreas páginas de la Cordillera del Ande son de tal origen. ¡Como si fuera conocido el alfabeto de los atlantes; como si seriamente pudiera afirmarse que existieron!

También sucesivas hipótesis vienen emitiéndose sobre la corriente marina peruana que los yungas precolombinos de nuestro litoral conocieron y utilizaron, estudiada en la Colonia por el famoso padre Acosta y a principios del siglo pasado por el Barón Von Humboldt. No hay pues razón para afirmar que la actualmente en boga es la definitiva.

Flora y fauna del Perú abundan en plantas y animales desconocidos; la vicuña y la llama, la chinchil'a, exterminada por los traficantes, que proporcionaba las pieles de más alto valor en los mercados, la infinidad de pájaros autóctonos de nuestro oriente, no clasificados aún. Entre los vegetales la papa y el maíz, la quínuva y el cañihaco, los collis y las queñuas, árboles que viven a los 3,000 y los 4,000 m. sobre el nivel del mar; y por encima de todos los *Pulla Raimondi*, que lleva el nombre del gran naturalista que después de haber conocido todas las maravillas del Perú quedó deslumbrado al hallar una planta de las grandes alturas, cuya esbelta y enorme flor se dirige al cielo como una saeta, y vista a la luz de la luna estremeció al sabio como fastástica aparición.

Deslumbran en nuestra tierra el Titicaca, el mar interior más alto del planeta y el Amazonas, el río de más caudal del mismo, la Amazonía mundo por descubrir, y las ciudades de antigüedad remota que la jungla se tragó, de las que algunas han aparecido y tiénese noticia de otras cuya historia se confunde con la fábula, y de todas las que se encuentran sepultadas bajo los desiertos de arena de la Costa.

Pero nada tan sorprendente como el maravilloso atisbo de los Incas al descubrir la existencia de un Dios único, espiritual, invisible y todopoderoso, y la prohibición de representarlo por imágenes.

## LOS PROBLEMAS

NO SE CREA que en el Perú todo es de color de rosa. Es el país de los grandes problemas: muchos de ellos tal vez sin solución. Los elementos de la gea y los circunstanciales son nuestros grandes enemigos. La desunión de sus hombres, la inmadurez política del pueblo, agravada por los vientos venenosos que nos vienen del mundo civilizado. El ser el Perú primero el país del oro por antonomasia, y después del salitre, fue causa de nuestra ruina; sin duda porque eran riquezas que no se amasaron con nuestro sudor; sino, en la Colonia y en la República, con el trabajo de quienes nos antecedieron en la po-

sesión del país, y nos llegaron como envenenados presentes de la naturaleza. Por algo José Santos Chocano dijo:

“¡Vale un Perú! y el río corrió como una onda,  
¡Vale un Perú! y las naves lleváronse el metal,  
pero quedó esa frase magnífica y redonda  
como una resonante medalla colonial”.

Efectivamente, sólo una frase. Una medalla colonial.

Por encima de todo tenemos el problema del indio que debe ser la preocupación de la República. El indio es nuestro hermano, y debemos redimirlo; pero es esclavo no sólo de la opresión y del abuso de los gamonales, las autoridades y los hombres de negocios, sino de sí mismo, de su renuencia en hacer vida comunitaria, que les impide llegar a ser hombres libres como el resto de sus conciudadanos; y vive encadenado por sus propias creencias y supersticiones, imposibles de vencer.

¿Y el porvenir del Perú, al que me referí al comienzo de mi discurso?

Cualquier concepción que construyamos sobre el futuro, será feble. Los hombres han elaborado una lógica para regir sus actos; pero los pueblos no son lógicos y la naturaleza es la gran ilógica. El globo terráqueo, los planetas y los astros, las constelaciones y las galaxias no tienen cerebro; y si lo tienen y algo piensan, no lo conocemos, y si lo conociéramos no lo comprenderíamos, al menos hasta que trascurra el tiempo indispensable para nuestra evolución y perfeccionamiento.

## EL HOMBRE

SEÑORAS y señores:

Para presentar al rey de la creación —el hombre— en el Perú, bastará que cite unas cuantas figuras de sus tres épocas, la precolombina, la colonial y la republicana. Representan a la primera Manco Cápac, Mama Ocllo, Pachacútec, Huayna Cápac, Inca Manco, José Gabriel Túpac Amaru, héroe incásico del siglo XVIII, y Garcilaso de la Vega, el Inca historiador del Imperio y de los tiempos que alcanzó del Virreynato, que nos transmite las versiones que *mamá con la leche materna*, según gráfica frase suya, escuchando relatos de familia de labios de su insigne madre y de sus parientes, todos ellos hijos de Incas.

¿La Colonia?— La Colonia produjo a Santa Rosa de Lima y Fray Martín de Porres, santidades excelsas que llegaron a la unitiva y practicaban con Dios directamente. Por ello los lugares donde realizaba sus proligios Santa Rosa, donde Cristo visible y materializado la visitara, son las reliquias más preciadas de la Ciudad de los Reyes. Contiguo al Santuario de Santa Rosa, nombre que lleva hoy la modesta

iglesia que se levanta cerca de las orillas del Rímac y del más reciente de sus puentes, existe el jardín de sus amores místicos, testigo de oraciones y torturas, de milagros y apariciones del Niño Dios; así como el Convento de Santo Domingo conserva el Crucificado de talla de tamaño natural donde el obscuro Fr. Martín de Porres fuera una y otra vez hallado en éxtasis, suspendido en la atmósfera, con los labios aplicados a la llaga del costado izquierdo del Mártir del Gólgota. Los olivares de Limatambo y de San Isidro vieron a Martín y a su compañero Fray Juan Masías arrodillados en tierra con las espaldas desnudas disciplinarse las carnes, hasta desgarrárselas y caer en tierra exánimes.

En el tránsito de la dominación a la libertad brilló Hipólito Unanue, el sabio criollo cuya obra es tan grande que el malogrado hombre de ciencia Hermilio Vallizán dijo: "La figura de Unanue amedrenta a quienes la estudian". Notable humanista destacóse en las Ciencias y en las Letras; su talento y su erudición lo abarcaban todo, y cuando frisando ya en la ancianidad sintió los albores de la Emancipación, su alma grande vibró intensamente y se produjo en él el fenómeno de la mentempsicosis, pues abandonando las investigaciones y estudios literarios, fue soldado militante de la santa causa, consultor primero y jefe del Gobierno después en los regímenes de San Martín y de Bolívar, financista, legislador, político, periodista, y hoy, encarnado en el mármol entre los grandes hombres que representan a los pueblos de las Américas en la Sala de Honor de la "Organización de los Estados Americanos", es la personificación de su Patria.

Contemplemos finalmente a dos grandes almas de la República: desde el escenario de un morro, Gibraltar peruano que se alza en tierra y domina al mar, al hallarse rodeado por fuerzas veinte veces superiores, un héroe con sólo un puñado de valientes rechazando el ofrecimiento de una capitulación honrosa, troqueló un disco de oro con e siguiente lema: "Tengo deberes sagrados y los cumpliré hasta quemar el último cartucho", disco que desde tal día es la moneda que corre y debe correr siempre en nuestra Patria.

Pocos meses antes en una estrecha rada del Meridión un marino ejemplar acorralado en su débil esqui fe por los blindados y cañoneras de la escuadra enemiga, prefirió a rendirse, hacer despedazar su buque por los cañones poderosos y rendir la vida en el trance. Pero su espíritu quedó en la navecilla y encarnó eucarísticamente en el corazón de los suyos alentándolos hasta el fin del holocausto, flameando siempre, siempre, al tope del palo mayor porfiadamente el bicolor peruano, como testimonio de la más gloriosa acción que presenciaron los mares americanos.

## Contestación del Dr. Basadre

La Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua incorpora hoy solemnemente a Luis Alayza y Paz Soldán.

Tanto por su ascendencia paterna como por la materna tiene el nuevo académico hondo ligamen con familias que han dado lustre a las letras, a las ciencias y a la acción en el Perú. Su abuelo don Pedro Paz Soldán fue hermano del historiador don Mariano Felipe, del geógrafo don Mateo y del jurista, diplomático y político don José Gregorio.

A diferencia de ellos se dedicó, sobre todo, a labrar la tierra en Cañete. Sólo fugazmente actuó en la política como ministro de Hacienda del general Prado en 1867. Hombre de sólida cultura clásica, sus aficiones fueron, sin embargo, por las cuestiones prácticas y dejó, entre otros escritos, una memoria sobre la riqueza del guano. Casó con la hija de Hipólito Unanue, de quien así Luis Alayza viene a ser biznieto; a la vez resulta él, sobrino carnal de Pedro Paz Soldán y Unanue, "Juan de Arona". Por el lado paterno nuestro colega puede ufanarse de su condición de sobrino nieto de Mariano Eduardo de Rivero. Su padre, Narciso Alayza Rivero, de hondas vinculaciones con viejas familias de Moquegua y Arequipa, educado en París, doctor en Derecho de la Sorbona y en Ciencias Políticas en Bruselas, fue autor de artículos sobre asuntos hacendarios en "*El Comercio*" y la *Revista de Lima*. Entre sus hermanos varones, Toribio y Francisco, jurista el uno e ingeniero el otro, alcanzaron realce notable en la cátedra y en la vida intelectual, social y profesional.

Al revés de lo que suele ocurrir entre nosotros, no fue precoz la vocación literaria de Luis Alayza. Nacido en 1883, cuando terminó sus estudios en el colegio de los jesuitas ingresó a la Escuela de Agricultura donde permaneció cuatro años, dejándola por razones de salud. Al cumplir la edad de la ciudadanía, en 1904, pasó directadente a la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos, pues entonces no se exigían los dos años preparatorios de Letras. Se graduó de doctor en aquella Facultad en 1911, y antes de doctor en Ciencias Políticas y Administrativas en 1909, después de haber merecido en ésta las contentas de bachiller y doctor.

Si se fuera a dar por no escrito, como su autor quiere, el libro de versos *La Sed Eterna* que publicó en 1911 arrastrado por el hechizo de un grupo de bellas muchachas en Chosica, su obra literaria empieza, en realidad, con *Dau-el-Kamar* aparecido por partes en "*El Comercio*" de 1930 e impresa en 1931.

*Dau-el-Kamar* es un conjunto de crónicas de viaje que tienen algo de poemas en prosa, de cuentos cortos, de diario íntimo, de libro de aventuras. Allí hay diálogos y ensueños, divagaciones y estampas realistas, paisajes y motivos líricos, momentos ilusos y escépticos, música errabunda, semillas de palabras que dan el fruto de una lágrima, todo ello unguado por la figura y el aroma vagaroso de una mujer "dispensadora de horas de placer y siglos de dolor". "Es un modo nuevo de literatura de los viajes (escribió José María Eguren a propósito de "Dau-el-Kamar"), una expresión moderna y admirable resultado de cuadros alternativos dispuestos libremente sin graduación ni serie, dispersa como precipitaciones de la vida. Cuenta la novela del viaje, con expresión viviente. Libro de sugerencias sutiles de estados múltiples expresados en la manera propia del autor, distante de lugares comunes. Delicadeza, fantasía y hondura transparentadas por esta lámpara de amor. La novela de viaje, la anécdota, el cuento, la canción: motivos de sentimiento inconfundible. *Dau-el-Kamar*, un viaje de colores, un panorama inquietante, una fémina exótica, guía de amor, linterna de la noche, cielos estreñados, mar de oriente, puertos luminosos. Todo un mundo sugestivo: Lima, el Cairo, Constantinopla encantada y el Norte oscuro".

La experiencia presentada como realidad fundamental transitoria generó en *Dau-el-Kamar* un estetismo romántico que se resolvía en un sensualismo hedonista, dentro del cual el autor venía a ser espectador de su propia existencia y hallaba en la obra de arte como una compensación de las desilusiones de la vida.

De allí el tránsito a una literatura decadentista, se disgustó ante la monotonía de las cosas, de alejamiento ante lo cotidiano, lo prosaico, o lo burdo hubiera sido muy posible. Alayza no siguió esa ruta, sintiéndose atraído, más bien, por la naturaleza y por la historia de su propio país, para consagrarles una obra de una abundancia extraordinaria, lejos de toda finalidad venal, de todo estrecho sectarismo, de solapados intereses o de mezquinas pasiones.

Varias son las biografías de grandes peruanos que ha publicado. En *Martín* (1939) ha hecho la exégesis del varón sin igual a quien Emilio Romero ha llamado El Santo de la Escoba. *Unánue, San Martín y Bolívar* (1934 y 1952) y *Unánue, geógrafo, médico y estadista* (1955) presentan la apología de esa figura prócer. *El egregio limeño Morales y Duárez* (1946) traza el cuadro de las Cortes de Cádiz y de la Constitución española de 1821, que, como enseñó en la cátedra de Derecho Constitucional, es antecedente histórico de las nuestras, a la vez que exalta al peruano que fuera nada menos que Presidente de dicha Asamblea. *El Gran Mariscal José de la Mar* (1924) da como un daguerrotipo del soldado eficiente y del Presidente austero y modesto de ojos dulces caramelo claro y tez de tinte alimonado, hepático, caviloso, auto-verdugo, capaz, como dijo Bolívar, de todo lo grande y de todo lo bello e incapaz de quererlos hacer. En *He aquí a Ramón Castilla* (1955) ha evocado con rasgos prosaicos y pintorescos, aunque sin anti-patriótico negativismo, la figura del peruano inexportable sobre

el que tanto se ha escrito después de que fuera iniciada su reivindicación en 1940.

Para no hacer demasiado extensas mis palabras no he de estudiar ahora las cinco biografías mencionadas; ni *Clipper y Guerra*, donde junta sus impresiones como primer sudamericano que cruzó el Atlántico en avión; ni su última obra *La Ciudad de los Reyes y los Trovadores Galos*, sobre los viajeros franceses que se han ocupado de Lima. Por igual razón tampoco trataré de las cuatro novelas de Alayza: *La Capa Roja* (1953) correspondiente a la época de Salaverry; *La Higuera ra de Pizarro* (1946) cuya acción transcurre en los últimos días de la riqueza del guano y del salitre y en la que aparecen unas bellísimas páginas sobre la costumbre de los hacendados de la costa, de marchar, juntamente con sus ganados, en los meses de junio y julio a las lomas en busca de pastos, llevando entonces una vida de égloga; *La Breña*, en tres volúmenes (1945), que exalta la figura de Cáceres, sin duda, la que más reiterada y emocionadamente ha evocado Alayza; y *León Garabán* (1935) sobre las candentes luchas políticas posteriores a 1930.

Me he de limitar, apenas, a glosar algunos de los aspectos que sugieren los seis volúmenes de *Mi País* que versan sobre la geografía y la historia peruanas y que sirven como razón de ser y como justificación en su discurso de hoy. A esos seis volúmenes cabe agregar la obra que se titula *Historia y Romance del Viejo Miraflores*.

Alayza sintió desde la infancia el goce de andar y de ver. En algunas de sus páginas más hermosas ha contado cómo en 1896 primero y luego, de modo estable, en 1898 vivió en Miraflores, el "pueblo del sastrado", de que habló Juan de Arona. En su estación descendían del tren algunos gringos con cuellos de carne cruda y cabello metálico. Eran pocas y solitarias las calles y, de vez en vez, surgía un rancho entre dos interminables paredones de casas en escombros desde casi veinte años, desde la guerra con Chile. Por ellas y por las que eran chacras y hoy son barrios residenciales de Santa Cruz, San Isidro o Santa Beatriz, vagó adolescente, sin que faltaran las visitas a la playa por barrancos de aluvión deleznable, o las excursiones a los reducidos a coger balas y bayonetas, correaes y botones. Pronto el radio de acción de estos paseos se amplió en las cacerías de cuarsmercos y becacasinas o bécadás, pequeñas zancudas que, por la época de los calores y de los ríos en avenida, vuelan desde Patagonia y las regiones meridionales de la Argentina a bañarse en las aguas turbias de nuestros potreros. En 1901, el mozalbete de diez y ocho años que alocaba a su anciano padre pidiéndole un pasaje para Australia o China, recibió en un sobre un billete para Talara en el pequeño buque petrolero *Ezzio* de la Casa de Piaggio, y así navegó hasta Zorrillos y llegó por primera vez a Tumbes. Dos años más tarde, en 1903, partió a buscar la salud en Huacachina. Fue del Callao a Pisco en barco y de Pisco a Ica en un tren valetudinario con muchas paradas a través de la enorme y entonces mal afamada pampa de Pisco, desierto que forma horizonte, y donde, de cuando en cuando, se ve la pirámide blanca de un cerro de arena reluciente bajo el sol despiadado, o levántanse las

copas de los datileros con las plumas gigantes de sus hojas estremecidas frecuentemente por las *paracas*. En el hotel Mossone de Huacacnina que, según sus irónicas palabras, le tocó inaugurar, escuchó conversaciones de chacareros que legaban en sus potros criollos y hablaban de ganado o sobre si el agua había traído *yapana* ese año o si se había roto la *achirana*; se deleitó con aquel ambiente mieloso, abundante en uvas, mangos, higos, cerezas y muchachas; admiró a ancianos que daban sombra como vetustos algarrobos y a otro que le pareció un laurel: el contralmirante Melitón Carvajal. En 1905, también por razones de salud, ascendió en un peludo caballejo de las playas de Pisco y los arenales de Ica a la puna siberiana de Atollas, a los hielos diamantinos del nevado Humanraso y a la región estratosférica de Castrovirreyna con sus lagunas mitológicas de Orcococha y Choclococha y sus minas opulentas de Quispijahuá y Quispisisa. Trabajó entonces en Santa Inés, cuyo servicio de correos a Huancavelica se hacía todavía por medio de *Chasquis*. En una de sus páginas ha llegado a retratar a la dama que le dió, con señorío y bondad, albergue en aquella vieja ciudad donde se dice, según cuenta Alayza, que llueve durante trece meses en el año y hay dos estaciones, la del invierno y la del ferrocarril.

Estos fueron sólo viajes iniciales o precursores, a los que se han agregado otros innumerables. Unos por razones familiares o amistosas, como las visitas a Chancay y a Cañete en años normales y también en el año diluviano de 1895, cuando le tocó ver pasar entre Lurín y Chilca, acompañado por ruidos y detonaciones, al *ihuanco*, cargamento de barro móvil, extraño río semi-sólido que cruza los zanjones cuando la corriente del Niño desplaza en la costa a la de Humboldt. El año siguiente, 1926, se preparaba a ir a Cajamarca, pero un amigo lo persuadió fácilmente para recorrer la ruta de La Oroya al sur, y en catorce duras jornadas, que ha evocado en el sétimo tomo de *Mi País*, llegó al Cuzco, a donde, como buen peruano, ha vuelto muchas veces. También por ese entonces frecuentó la selva del Perené. Alguna vez siguió en avión, tramo a tramo, una carrera de autos entre Trujillo y Lima; y en otra oportunidad, en avioneta particular, exploró concienzudamente, desde lo alto, todo el curso del río Pachacamac y la desembocadura del Chillón. Aunque de sus obras nos debe el anunciado tomo sobre el océano vegetal de la Amazonía, tres veces la ha visitado y en 1947 y 1948 le tocó presidir la comisión peruana de la *Hilea* y el Congreso Internacional que, teniendo como tema esta vasta zona, se reunió en Iquitos, bajo los auspicios de Unesco, el 30 de abril de 1948.

Solo o acompañado ocasionalmente de los amigos más variados —ingenieros de caminos, ingenieros agrónomos, magistrados, militares, políticos, colegas de la Universidad o de la profesión, diplomáticos, o personajes como el historiador argentino José Pacifico Otero, Paul Rivet, Julio C. Tello o Alberto Giesecke, ha recorrido en distintas oportunidades el Perú, todo el Perú, menos Madre de Dios. No es un hecho casual que Alayza estuviera entre los fundadores del Touring Club del Perú en 1924, que fuese, por mucho tiempo, su secretario general y socio protector y que ostente actualmente el título de Secretario General honorario de dicha entidad.

Para el número que, en homenaje al Día del Camino, editó una revista local escribió en 1938 el artículo titulado "El Paso de los Libertadores". De allí se derivó el primer volumen de *Mi País* y surgieron seis tomos de esta obra aparecidos en un lapso de casi veinte años, entre 1939 y 1957.

*Mi País*, señala, junto con *Costa, Sierra y Montaña* de Aurelio Miró Quesada, el comienzo de una literatura que pertenece a la era de la red vial, del auge del automóvil y del tráfico aéreo. La técnica de hermanar vistas y escenas de variadas andanzas con anécdotas y evocaciones históricas de las diversas épocas había sido utilizada por Riva Agüero en sus inmortales *Paisajes Peruanos*, pertenecientes sin embargo a una época inmediatamente anterior, puesto que evocan su excursión a lomo de mula entre Cuzco y Huancayo realizada en 1912.

Alayza emplea, para mezclar recuerdos, lecturas y meditaciones, una prosa dividida en breves párrafos y que se caracteriza por una especie de sistemático desorden. Con llaneza democrática, no desdeña usar palabras indígenas como *marca, pucara, huaca, conopa, chulpa, pacha pascana, tinya, champa, chiuchi huajra-huajra, pacarina, malqui, lloclla, taquia, Intihuatana* y otras muchas. Ni criollismos como chingana, macaco, ancarse, *folleque*, perseguidora, bajativo, plancha, rabona, motoso, rumbear, *basuriau*, o palabras extranjeras que se han nacionalizado como flirteo, film, jetatura. Y aún voces españolas que se han aindiado como *arrindire*, especie de vanacona.

Voy a permitirme ahora repetir algunos párrafos que publiqué en el *Boletín Bibliográfico* de 1938 sobre la novedad que presenta este tipo de literatura de viajes en el Perú. Los grandes acontecimientos de la vida histórica peruana (escribí entonces) han sido realizados por grandes viajeros: los Incas los conquistadores. Los libertadores, los caudillos. Y, sin embargo, después de estas etapas de gestación, el ritmo de la vida peruana ha sido, hasta hace poco, un ritmo localizado. A veces, hasta pecó de provincialismo y de sedentarismo, aunque, al lado de las pequeñeces y limitaciones lugareñas, abundara la sumisión a las modas de ultramar.

Las letras reflejaron esta situación paradójica. Los recorridos épicos de los conquistadores tuvieron sus reverberaciones escritas en los cronistas; aunque luego la literatura colonial se volvió predominantemente cortesana y capitalina, salvo el olvidado folklore indígena y mestizo, exponente también de un espíritu local. Más tarde las marchas épicas de los libertadores derraman discursos, proclamas, cartas y memorias; y las guerras civiles de la primera República tienen su hispido y discolorado documento representativo en las *Revoluciones de Arequipa* de Valdivia. Pero la literatura típica de esa misma época florece, en cambio, en el costumbrismo, es decir en una acentuada forma de localismo.

La corriente romántica significa la preocupación por la vida sentimental, por problemas filosóficos o por países o épocas lejanas. La alusión a la vida inmediata o al medio circundante no es actitud usual en los románticos. Poniendo aparte a Palma, escasean entonces en la literatura el olor, el color, el sabor de la tierra, del agua y del aire pe-

ruanos, con un sentido no localizado ni regionalista sino nacional. En una antología que buscarse en escritos de autores peruanos hasta la primera década del siglo XX un contenido geográfico ¡cuántas vastas zonas del territorio, aunque sean bellas o sugestivas, quedarían sin figurar!

Es que el hecho mismo de recorrer el país caía dentro de lo raro. El tipo corriente del viajero literario nacional que apareció en el Perú en el siglo XIX y primeros años del actual fue el que narró impresiones de Europa como lo hizo Juan Bustamante, Tupac Amaru III, a quien Alayza ha evocado; o el que describió panoramas circunscritos como, por ejemplo, Eugenio Larrabure y Unánue tratándose del Sur y Santiago Távara en Iquitos. El recorrido por el Perú total era empresa heroica que aisladamente realizaban los viajeros científicos cuyo más alto, hermoso y tenaz exponente es Raimondi. Salvo estos hombres de ciencia o algunos marinos y exploradores, ya lo dijo Middendorf en esa gran enciclopedia peruana con sus tres volúmenes sobre el Perú, nadie recorrió hasta fines del siglo XIX por placer los arenales y los valles de la costa, la región andina y la inmensidad de la Amazonía. Hasta aquí las consideraciones que publiqué en el *Boletín Bibliográfico* de 1938.

Abramos, ahora, al azar, las páginas de *Mi País*. La ordenación de los primeros volúmenes sigue los valles y quebradas de la costa, y luego algunos de la sierra en el norte, el centro y el sur. Aparecen, al mismo tiempo, abismos de la cordillera y nevados a taneros, deliciosos valles, haciendas acogedoras, ciudades prósperas, pueblos abandonados, viejas iglesias de piedra y casonas solariegas, vistos bajo el cielo apacible o entre truenos, lluvias y tempestades, desafiando al soroche, la viruela, la terciana, la verruga o la uta.

Monumentos de más variado carácter ha registrado el autor: los de orden geológico creados por la tierra y no por el hombre; ruinas arqueológicas de templos, palacios y fortalezas aún no bien descifradas; las estatuas históricas de distintos periodos entre las cuales no sólo hay épicas sino también cómicas, como aquella dedicada a un héroe discutible y a la que bautiza con el nombre de *el Peor es Nada* de Ayabaca.

Ha escrito, además, sobre revoluciones, montoneras y batallas, para describir las cuales, visitó los lugares donde se libraron: Ayacucho, Junín, Zepita, Torata, Uchumayo, Alto de la Luna, Agua Santa, Cangallo, Saraja, La Palma, Alto de la Alianza, San Juan, Chorillos, Miraflores, Pucará, Marcavalle, Acuchimay, Concepción, San Pablo, Zaramilla, Aguas Verdes. La impresión de uno de los tomos de *Mi País* la detuvo hasta que pudiera recorrer el escenario de la batalla de Humachuco.

También ha llegado hasta las misteriosas islas del litoral para luego dedicarles todo un libro: las de Lobos de Tierra y Lobos de Afuera, Macabí, Guañape, Santa, la Blanca, los Ferroles, la Bruja, las Tortugas, la Viuda, Don Martín, Mazorca, el Pelado, Pescadores, San Lorenzo, Pachacamac, Asia, Sangayán, las Chinchas, las Ballestas y la de Las Viejas. Refiriéndose a sus andanzas por tierra ha llegado a escri-

bir: "Los caminos son libros: todos los de mi país los he leído". Se ha encontrado, en efecto, con restos de las vías incaicas; y conoce, por cierto, las flamantes autopistas pavimentadas, incluyendo aquellas que solían desviarse para favorecer intereses privados y las que eran como minas para sus contratistas originando la frase "carretera mala, negocio bueno". Ha ido también por los humildes senderos en donde los arrieros arrojan al suelo la coca *chacchada* y ponen unos sobre otros los guijarros formando *rumas*, y se ha aventurado por pasos, a veces tan peligrosos y temibles como ese conocido en Cañete como el de *La Culebrilla* y aquel otro tan amenazadoramente suspendido sobre el abismo que se le llama *Ay mama*. En cerro azul ha visto muchas veces el sajo o sea el lapso de reposo entre el oleaje incesante que aprovechan los botes para entrar al mar o evolucionar en él; y lo han conducido a tierra, como en pasadas épocas, los fornidos brazos de un *tasquero* entre las olas agitadas. En Mala y otros ríos de la costa ha pasado en su caballejo de una orilla a otra entre dos cholos menudos y delgados, los *chimbadores*, que montaban raquíticos pencos a su izquierda y a su derecha. Parajes más difíciles conoce todavía como la *Laja de Letrayo* y la más riesgosa aún de *Tambillos*, ambas en caminos de Castrovirreina; al descender por la última, Alayza exclamó: no creo que la quebrada abismática de Arrastra c. . . . alzones sea tan fiera. Y todavía otro sitio denominado *Quitassombbrero* . . .

Sabe ubicar, además, cerros como los de la *Selva de Piedra*, fantasmal y multiforme en la *Cordillera de la Viuda*, o como el *Candelabro* al sur de Pisco, donde existen trazadas en la arena figuras que ha estudiado, el de la *Dirección en Acari*, que se alarga paralelamente al litoral, el *del Baúl* en Moquegua, el *del Oro* en Huarmey y el de la *Música*, que anuncia cuándo van a bajar las aguas de los ríos.

Chavín y Macchu-Picchu, la cerámica maravillosa de los mochicas y de Nazca, el comienzo legendario y la caída trágica del Imperio de los Incas, la Conquista y las guerras civiles de los conquistadores, el Incario de Vilcabamba, el Virreinato, la revolución de Túpac Amaru, las jornadas espartanas o bizantinas de la Independencia, los tumultos republicanos, la guerra del Pacífico, siempre presente en su memoria de hombre nacido el último año de la ocupación de Lima, desfilan mezclados entre sí y envueltos en el aire, la tierra y el agua del Perú de hoy. Aparecen, asimismo, sin gradación de jerarquía o de época, entre muchas figuras, San Martín, Bolívar, Castilla, Salaverry, Nieto, Cáceres, José María Eguren, Juan de Arona, Pedro Dávalos y Lissón, la beatita de Humay, Bolognesi, el almirante Villavicencio, Arenales, Pringles, Necochea, Miller, Rodil, los Gutiérrez, el Inca Manco, el Mariscal Luzuriaga, Echenique, el infortunado Casimiro Paz Soldán, Luis Carranza, el coronel Samuel del Alcázar, el comandante Gustavo Jiménez, Juan Manuel Polar, Raimondi, Atusparia, Eduardo Muellé, Lorenzo Saint Crieg, Hiram Bingham, Markham, el Demonio de los Andes, Hernández Girón, Garcilaso, *Matobispo*, y hasta montoneros como Mateo Vera y bandoleros como *Macho Largo* de Pasamayo y Ajón, de Asia, en el camino de Cañete.

No faltan retratos de mujeres ilustres o humildes, blancas, mestizas, zambas o indias, entre las que puede mencionarse, al azar, a Flora Tristán cuya tumba visitó Alayza en Burdeos, la bella María Rivero: la "Estrella del Sur", cuya efigie salió en los billetes fiscales en 1884, María Nieves Bustamante, Mama Ocllo, Cusi Coyllor, Catalina Huanca, Chuquillanto, la Mariscala y aquella cholita que en Huacho no se dejaba *charolar* en 1931 protestando: "Ni que fuera usted el Comandante", es decir Sánchez Cerro.

Exactos derroteros y minuciosos itinerarios acompañan a veces a estas páginas. Al lado de ellos ha recogido el autor las expresiones dispersas de la sabiduría o la superstición popular. Ha visto bailes variados, como los de los diablillos y las pallas, los de las *chonguinadas* de Huancayo, indios que ambulan danzando y los de los *Avelinos* que toman su nombre de Cáceres. En un pasaje habla de los sabrosos vinos *sin pecar*, o sea de uva pura que suelen beberse en las quebradas. Por otro lado cuenta que hay chicha de reír, de llorar, de pelear y de amar, chicha de pata de toro, chicha de agua salobre, chicha de agua de Piura cocinada durante veinticuatro horas con leña de algarrobo; litúrgica chicha de Huarmey enterrada bajo arena y oscura como el café, chicha pareja cuando no le falta ni sobra dulce; chicha *faltosa* o sea sin azúcar. Más allá hace el elogio de la naranja de Camaná o del *quesillo-japchis* de Huancayo, o de los frijoles con pollo de Huamachuco; y da recetas para lor frijoles bayos de ombligo blanco o para preparar el arroz de Santa, así como menciona el remedio contra la gripe con siete hierbas (huamanripa, escorzonera, huarajo, cola de caballo, ajeno, jualanonso, coca). Ha aprendido la oración de los Doce Redoblados para liberarse de los aparecidos, las viudas, los ruidos misteriosos y los fantasmas de la noche y la oración del Justo Juez contra las acechanzas de los enemigos, las prisiones, las persecuciones y las condenas y para ganar las apuestas. Varias veces se ha referido a las casas *pesadas* o sea aquellas donde hay *penas* y se ha ocupado de diablos, diablillas, brujas, duendes, ídolos, hechicerías, Amazonas, tritones, venenos y contra-venenos como los que usan los *callahuayas* de Puno. Y caminando, caminando, ha sabido por propia experiencia de la sabiduría que se alberga en aquellas frases que dicen: "Cuesta y ladera a toda carrera", "Vale más rodear que rodar", "Norte claro Sur obscuro, aguacero seguro", "En cielo de sierra, cojera de perro y lágrimas de mujer no has creer".

Ejemplares de la fauna peruana andan, vuelan o nadan también por esas mismas páginas. Allí están, por ejemplo, las vizcachas, ágiles y descuidadas, saltando de piedra en piedra por las cumbres; las gaviotas gigantes, crucificadas para servir como espanta-pájaros cerca de la laguna Pacucha en Andahuaylas; el gavián serrano de magnífico color blanco y negro y de alas que suelen llegar al tamaño de un metro; las *huallatas*, especie de patos gigantes de plumaje también blanco y negro cuya carne dura se come si se sabe preparar a; los cóncores de pérfidas garras y ojos crueles como brasas; las alpacas llamadas también *pacos* o *pacoas*; los huanacos con sus híbridos llama-

huanacos y huanaco-vicuñas; las vicuñas por cuya preservación aboga enérgicamente; la chinchilla, el animal con la piel más cara del mundo, que ha llegado a ser destruído en el Perú pero que existe por las crías llevadas a Estados Unidos; los paco-vicuñas y las vicuñas-pacos que son distintos; las llamas, espigadas y presumida con ojos humanos, andares de mujer guapa y aretes de borlas colgantes de lanas de colorines; el demoníaco y legendario *carbunclo*; los lobos y leones de mar que, como señores obesos vestidos con lustroso chaquet, ebrios de sol, dormitan en las playas; los pececillos a los que se llama "doncellas", de elegantes formas y piel multicolor, brillantes como trabajos de orfebrería florentina con rubíes sobre el esmalte de su piel metálica; los negros y grandes trambojos de Lobos de Afuera, que producen fantásticas pesadillas a quienes los comen; las aves guaneras, o sea los guanayes con su figura corcobada y famélica y los alcatraces de amplios buches y enormes picos y los zarcillos, semejantes a lindísimas palomas, gráciles y elegantes, que llevan sobre cada oreja una plumi-lla blanca retorcida y las chuitas y los piqueros y los pájaro niños, que marchan erectos como hombres y los terrecles llamados así por su grito peculiar y los camanayes de patas color azul turquesa, oriundos de mares calientes; y otras aves como los horneros, pajaritos color canela rojiza que en Piura llaman *chilalos*, tienen arpas de cristal en la garganta y, según es fama, hacen, a veces, suspender las faenas en el campo a las once de la mañana, pues cuando cantan a esa hora los labriegos se van en busca del *aguadito* y del *chabelo*.

Las más variadas especies de la flora peruana asoman en estas páginas y hubiéramos deseado que hojas y ramos de algunas de ellas decoraran esta sala para la presente ceremonia. Entre dichas especies están, hablando sólo de unas cuantas de la sierra: los melancólicos molles; los agaves azules; las procesiones hieráticas de pensativos eucaliptus; los trágicos *quinguales*, árboles de las regiones situadas a más de tres mil metros de altura que parecen centinelas con bayoneta calada y cuyo duro tronco se reviste de cutículas delgadísimas que el viento desgarras; los *queshuares*, semejantes a olivos silvestres, de troncos descarnados como miserables esqueletos humanos y de hojas deprimidas que el sol convierte en espléndido follaje de plata; las fuertes tilancias de flores en mazorca y de hojas como mazos de puñales agudos y cortantes; los elevados *chachacomos* de obscura copa en cuyos troncos el corte de la hacha deja heridas de un rojo sangre impresionante: la flora de las *jalcas* compuestas por el árnica, la tola, el icho y otras hierbas pajizas; la puya Raimondi, la planta más bella que encontró el naturalista y que tiene la forma de una palmera y la flor como un penacho; la retama que en Arequipa sorprende por el brillo de sus corolas y por la altura que alcanza y en la quebrada del Vicalnota presenta la apoteosis de un inmenso campo de oro; los ejemplares únicos como el ispinacuy, extraño árbol de unos de ocho metros de altura en medio del pampón que forma la plaza en la vieja población de Ñahuipukuio cerca de Huancayo, los cactus de Lucanas en forma de bastos de la baraja española, cuyas hermosas flores son encarnadas, el patí con florecillas color oro que abunda en Abancay y no exis-

te en otros sitios de la sierra, el *pisonay*, tan gureso que en la hacienda Palmira o Yaramay de Huancarama, Andahuaylas, usaban la bifurcación de su tronco como cárcel para un abigeo y el cedro de Ocros, el más hermoso de toda la sierra, bajo cuya sombra pueden almorzar veintiocho o treinta viajeros y sus cabalgaduras.

De todas éstas y de muchas otras cosas más, eruditas, pintorescas o sabrosas, trata la obra *Mi País* de Luis Alayza, el escritor tan espontáneo y de tan larga producción, el varón caballeroso y noble a quien hoy la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua recibe oficialmente en su seno en la presente ceremonia en la que él acaba de pronunciar un discurso sobre la expresión del Perú.

Sin méritos suficientes ni brillo condigno, ha sido para mí sumamente honroso contestar ese discurso, como lo es ahora darle la bienvenida más cordial en nombre de sus colegas.



PUCP - BIBLIOTECA

55543109133333



**BIRAVA**  
**01873**